



BOLSILIBROS
EASA

TERROR



Joseph
Berna

PLAN DIABOLICO

TERROR &



© JOSEPH BERNA

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-01362-1

Depósito legal: M. 13.223 - 1978

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

PLAN DIABOLICO

**Joseph
Berna**

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

C

AROL Miller dio el último retoque a su cabello, rubio, ni corto ni largo, pero suave y brillante, digno de ser acariciado.

También su rostro merecía ser acariciado.

Ovalo perfecto, ojos azules, grandes y luminosos, orlados de sedosas pestañas, naricilla simpática, labios carnosos y sensuales...

Un rostro bellísimo, en suma.

Carol se levantó de la banqueta del tocador.

Sobre la amplia cama tenía el precioso vestido que iba a ponerse para salir aquella noche.

Era el cumpleaños de Sean Clayton, su tío y tutor, y este iba a llevarla a cenar a uno de los mejores restaurantes de San Francisco.

Luego, visitarían algunos clubes nocturnos.

Tío Sean, pese a haber cumplido ya los cuarenta y ocho años, se mantenía ágil y fuerte, y era un estupendo bailarín.

A Carol le encantaba salir con él.

Se divertía más que con cualquiera de sus amigos.

Incluido Ron Bevin, el apuesto rubio que pretendía su mano.

A Carol no le disgustaba Ron Bevin, pero tampoco se sentía excesivamente atraída hacia él.

Por eso no quería comprometerse con él.

Ni con él, ni con nadie.

Era demasiado joven para comprometerse formalmente con alguien.

Solo tenía veinte años.

Bueno, casi veintiuno.

Dentro de tres semanas, exactamente, alcanzaría la mayoría de edad.

¡Y podría hacer cuanto le viniese en gana!

Bueno, en realidad, ahora también lo hacía.

Tío Sean le permitía todos los caprichos.

Era un tutor estupendo.

Cariñoso...

Alegre...

Generoso...

En los ocho años que llevaba bajo su tutela, no había tenido una sola queja de él.

Tío Sean había hecho por ella más, incluso, de lo que hubiera hecho su propio padre, caso de no haber perecido en aquel desgraciado accidente de automóvil, cuando se dirigía a Los Ángeles, en viaje de negocios.

Carol se quedó sin padre y sin madre casi a la vez, pues esta había fallecido pocas semanas antes, víctima de un ataque al corazón.

Y ella hubiera muerto también, de pena, de no ser por tío Sean, que la consoló y le ofreció todo su cariño, ayudándola a olvidar, poco a poco, su tragedia.

Sí.

Siempre le estaría agradecida por lo mucho que había hecho por ella.

Carol interrumpió sus recuerdos al fijarse casualmente en el reloj despertador que descansaba sobre la mesilla de noche.

—¡Huy! qué tarde es —exclamó en voz alta—. Tío Sean vendrá por mí y todavía no estaré arreglada.

Se desató la delgada bata y la dejó resbalar hasta el alfombrado suelo, quedando solo con el sugestivo pantaloncito de encaje negro, el miniportaligas, y las finas medias de seda.

Si su cabello y su rostro eran dignos de ser acariciados, qué decir de su cuerpo...

Pechos tersos, erectos, vibrantes, delgada cintura, flexible como un junco, caderas de suave curva, vientre plano, muslos largos y estilizados, perfectos...

Un cuerpo maravilloso de verdad.

Carol se enfundó el vestido, de color lila, largo hasta los pies. El escote era muy sugestivo, así como también la abertura frontal.

Seguidamente se despojó de las chinelas y se puso los zapatos, de alto tacón, que hacían juego con el vestido.

Se miró en el espejo del armario.

Debió gustarle lo que vio, porque sonrió complacida.

Atrapó el chal y el bolso, que descansaban también sobre la cama, y abandonó su dormitorio.

Descendió a la planta inferior por la lujosa escalinata de mármol y se dirigió al salón.

Allí esperaba a su tío.

Estaría al llegar.

Tan solo llevaba unos segundos en el amplio salón, cuando el caro carillón se puso a sonar.

Carol corrió hacia el vestíbulo.

Tenía que abrir ella la puerta.

Su tío había dado permiso a todo el servicio, con motivo de su

cumpleaños, y no había nadie más en la casa.

Carol alcanzó la puerta y abrió.

—¡Ron! —exclamó, sorprendida.

Ron Bevin, el apuesto pretendiente de Carol Miller, sonrió, mostrando su sana dentadura. Vestía impecablemente y llevaba una caja en la mano izquierda; un estuche, al parecer.

—Buenas noches, Carol —saludó, entrando en la casa. Carol cerró la puerta.

Bevin la observó de pies a cabeza.

—Es un misterio.

—¿El qué? —preguntó Carol.

—Cada día que pasa, estás más bonita.

—Oh, gracias —sonrió la joven, halagada.

—¿Puedo darte un beso?

—Es el cumpleaños de mi tío, no el mío —observó irónicamente Carol.

—Pero a mí no me apetece besar a tu tío, sino a ti —repuso Bevin, pasándole el brazo derecho por la cintura.

—A ver si me arrugas el vestido, Ron.

—Llevaré cuidado, no te preocupes —sonrió Bevin, y la besó suavemente en los labios.

Carol no hizo nada por impedirlo, aunque tampoco devolvió el beso.

A Bevin no le extrañó la pasividad de la joven.

No era la primera vez que la besaba sin que la caricia fuese recíproca.

En realidad, casi siempre era así.

Bevin la miró.

—¿Es que no sientes nada cuando te beso, Carol?

—¿Qué se supone que debería sentir? —preguntó coquetamente ella.

—Un agradable cosquilleo en la sangre, por ejemplo.

—He sentido un cosquilleo, pero no ha sido en la sangre, sino en la nariz.

—¿En la nariz...?

—Sí. ¿Qué crees que pueda significar, Ron?

—Como no sea que estás a punto de estornudar...

Carol rio cantarinamente.

—Eso ha tenido gracia, Ron.

—A mí no me ha hecho ninguna.

—Vamos, no te enfades.

—Estoy enamorado de ti, Carol, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Qué podría hacer para que tú sintieses lo mismo por mí?

—Eso ya no lo sé. Ron.

—¿Qué defectos me encuentras?

—Ninguno.

—¿Entonces...?

Carol creyó oportuno cambiar de conversación.

—¿Qué traes en esa caja, Ron?

—Un par de pistolas del siglo XIX. Son para tu tío. Mi regalo de cumpleaños —explicó Bevin.

—¡Oh, qué contento se va a poner!

—¿Tú crees?

—¡Seguro! Enséñamelas, Ron.

Bevin abrió el estuche.

—¡Oh...! —exclamó Carol, maravillada—. ¡Son preciosas, Ron!

—Me alegro de que te gusten.

—A tío Sean le van a encantar. ¿Puedo coger una?

—Desde luego.

Carol tomó una de las pistolas, con sumo cuidado.

—Se diría que tienes miedo de estropearla... —observó Bevin.

—Lo que tengo es miedo de que se dispare.

Bevin rio.

—No hay cuidado, Carol. No están cargadas.

—¿Seguro?

—Pues claro, mujer —respondió Bevin, cogiendo la otra pistola con desenvoltura—. ¿Qué, vamos a atracar a tu tío? —bromeó.

—¡Porque no está, que si no...! —rio Carol.

—¿No está?

—No, todavía no ha llegado. Pero debe de estar al caer. Vamos a cenar fuera.

—Oh...

—¿Qué te parece si lo esperamos detrás de la puerta, pistola en mano, como si fuéramos dos «cacos»? —sugirió Carol, con gesto de niña traviesa.

—Tengo una idea mejor, Carol. Tú y yo nos vamos a batir en duelo, como los antiguos caballeros.

—Hace falta un motivo para batirse en duelo, Ron...

—Yo te lo daré —repuso Bevin, y le dio una bofetadita.

—¡Oh! —exclamó Carol, cogiéndose la mejilla, como si Bevin le hubiese dado la gran bofetada—. ¡Me habéis pegado, caballero!

—Eso parece, caballero. Y si no sois un cobarde, aceptaréis mi desafío.

—¡Naturalmente que lo acepto!

—Podéis elegir las armas, caballero. Vos sois el ofendido.

—¡Nos batiremos a pistola!

—¿Lugar y hora?

—¡Aquí y ahora!

—¿Sin padrinos...?

—¡No los necesitamos!

—Muy bien, nos batiremos sin padrinos —aceptó Bevin, que representaba su papel de caballero del siglo XIX tan bien como Carol—. Situémonos en el centro del vestíbulo.

Así lo hicieron, esforzándose ambos por contener la risa.

—Pegad vuestra espalda a la mía, caballero —indicó Bevin.

—¡Pegada está!

—Levantad el brazo armado.

—¡Levantado está!

—Contaremos diez pasos, nos volveremos y dispararemos.

—¡Os voy a volar la cabeza, caballero!

—Seré yo el que os la vuela a vos, caballero.

—¡Ja!

—Empecemos a contar. ¡Uno... dos... tres...!

—¡Cuatro... cinco... seis...! —contaba también Carol, que se lo estaba pasando bomba.

—¡Siete... ocho... nueve...!

—¡Y diez!

Se volvieron bruscamente los dos y se apuntaron mutuamente, con cara de auténticos duelistas.

Carol apretó el gatillo primero.

No esperaba oír detonación alguna, porque la pistola no estaba cargada.

Pero se produjo una.

Y muy sonora.

Ron Bevin dejó caer su pistola y se llevó las manos a la cara, al tiempo que se tambaleaba como un borracho.

Carol, horrorizada, vio cómo la sangre brotaba por entre los crispados dedos de Bevin.

—¡Ron...! —gritó, soltando el arma y llevándose las manos a la boca, cuyos labios se habían quedado blancos en solo unos segundos, como toda su cara.

Ron Bevin se derrumbó y quedó completamente inmóvil sobre el brillante suelo del vestíbulo, tendido de bruces.

CAPÍTULO 2

U

N par de segundos después de que Ron Bevin se desplomase, la puerta se abrió y un hombre, alto, delgado, pero que rebosaba vitalidad por cada uno de sus poros, pese a no ser ya un jovencito, precisamente, penetró en la casa, llevando en la mano todavía la llave que había utilizado para abrir.

Se quedó clavado al descubrir en el suelo a un hombre, con la cara hundida sobre un charco de sangre que se iba agrandando por momentos.

—¡Tío Sean! —exclamó Carol Miller, corriendo hacia su tutor.

Sean Clayton abrió los brazos y recibió en ellos a su sobrina.

Carol se abrazó a él con desesperación.

—¡Ha sido horrible, tío Sean!

—Vamos, cálmate, pequeña. Cálmate o no podrás contarme lo que ha pasado.

Pero Carol no se calmó.

Lloraba desconsoladamente, temblaba de pies a cabeza, se convulsionaba violentamente...

Sean Clayton le acarició el cabello.

—Por favor, Carol... Tranquilízate y dime lo que pasó.

Carol levantó la cabeza e intentó hablar, pero solo logró balbucir:

—¡Yo... él...!

Clayton ladeó la cabeza hacia el cuerpo inmóvil del hombre que yacía de bruces en el suelo del vestíbulo.

—¿Es Ron Bevin?

—¡Sí! —confirmó Carol.

—Lo he adivinado porque su coche está afuera —explicó Clayton.

—¡Llegó unos minutos antes que tú!

—Al bajar del coche, oí un disparo.

—¡Sí, yo le disparé!

Sean Clayton compuso un gesto de perplejidad.

—¿Tú...?

—¡Fue un accidente, tío Sean! ¡Ron me aseguró que las pistolas no estaban cargadas! ¡Eran un regalo para ti! ¡Ron vino a obsequiártelas! —explicó Carol, tan atropelladamente, que resultaba difícil entender lo que

decía.

Clayton observó nuevamente el cuerpo inerte de Ron Bevin.

—¿Está... muerto? —interrogó quedamente.

—¡Me terno que sí, tío Sean! ¡Le di en la cara!

—Habrá que comprobarlo —opinó Clayton, soltando a su sobrina.

Se acercó a Ron Bevin, se inclinó sobre él y le tocó el cuello, justo sobre la arteria carótida.

Permaneció así unos segundos.

Carol contuvo la respiración.

Finalmente, Clayton se irguió y la miró.

—Estabas en lo cierto, Carol. Ron ha muerto —confirmó gravemente.

—¡Dios mío...! —sollozó la joven, cubriéndose el rostro con las manos.

Clayton volvió junto a ella y la estrechó contra su pecho.

—No llores más, pequeña. Si fue un accidente, no tienes nada que temer.

—¡No lloro por mí, tío Sean, sino por Ron! ¡Hace unos instantes estaba lleno de vida, y ahora está muerto! ¡Y le he matado yo!

—Fue una desgracia, no debes culparte.

—¡Jamás debí aceptar ese estúpido juego!

—¿Juego? —repitió Clayton, frunciendo el ceño.

—¡Fue idea de Ron! ¡Me propuso que simuláramos batirnos en duelo con las pistolas del siglo XIX que pensaba regalarte! ¡Me dijo que no estaban cargadas, por eso acepté!

—Continúa, Carol —rogó Clayton.

—¡Unimos nuestras espaldas, contamos diez pasos, nos volvimos a la vez y disparamos! Bueno, no sé si él llegó a disparar... ¡Pero yo sí disparé, tío Sean! ¡Se produjo una detonación y Ron se llevó rápidamente las manos a la cara! ¡Vi cómo la sangre escapaba por entre sus dedos! ¡Creí morirme de horror! ¡Ron se desplomó casi en el acto y quedó inmóvil! Entonces, llegaste tú...

Sean Clayton forzó una sonrisa.

—Está muy claro que fue un desgraciado accidente, Carol. No eres responsable de la muerte de Ron. Es obvio que él tampoco sabía que las pistolas estaban cargadas. Si hubiese apretado el gatillo antes que tú, ahora sería él quien estaría lamentándose de tu muerte. Y culpándose de ella, seguramente, como te ocurre a ti. Pero sería tan inocente como tú.

Carol interrumpió sus sollozos.

—¿Cómo es posible que Ron ignorase que las pistolas estaban cargadas...?

Clayton encogió ligeramente los hombros.

—Alguien debió cargarlas, y olvidó decírselo a Ron.

—Eso no es lógico, tío Sean.

—No, no digo que lo sea. Pero evidentemente, ocurrió. Una pistola no se carga sola. Y Ron no las cargó, de eso no hay ninguna duda. ¿Cómo iba a permitir que tú le disparases, sabiendo que las pistolas estaban cargadas?

—Sí, claro —admitió Carol.

—Yo me ocuparé de todo, no te preocupes.

—Vas a llamar a la policía, ¿verdad?

—Es lo corriente en estos casos, Carol. Aunque...

—¿Aunque...?

Sean Clayton exhaló un leve suspiro.

—Este desgraciado suceso va a perjudicar mucho mi carrera política, Carol.

—¿Por qué? —preguntó la joven, extrañada.

—Más que por el hecho en sí, por la forma en que este va a ser utilizado contra mí por mis rivales políticos. Ya me parece estar viendo los titulares de algunos periódicos: «¡Joven asesinado por la sobrina de Sean Clayton, candidato a senador!».

—¡Oh, no! —gimió Carol, estremeciéndose.

—Dirán eso... y cosas peores.

—Pero, no fue asesinado, tío Sean... Fue un accidente.

—Sí, tú dirás a la policía que fue un accidente. Y la policía te creerá, como te he creído yo. Pero mis rivales políticos... Ellos no, Carol. Aunque piensen que solo fue eso, un desgraciado accidente, lucharán con todas sus fuerzas porque parezca lo contrario. Mucha gente les creerá, lo sé. Y otros muchos dudarán.

—¿Estás... estás seguro, tío Sean...?

—Absolutamente, pequeña. La muerte de Ron Bevin va a restarme muchos votos. Tantos, que lo mejor será que retire mi candidatura.

—¡No puedes hacer eso, tío Sean!

—Es más digno retirarse antes de las elecciones que sufrir una derrota humillante en ellas, Carol.

—Pero...

—Solo veo una solución, Carol.

—¿Cuál?

—No avisar a la policía.

Carol pestañeó.

—¿Estás insinuando que debemos ocultar la muerte de Ron...?

Sean Clayton asintió con la cabeza.

—Nadie debe saber que ha muerto. Y menos aún, cómo ha muerto.

Carol giró la cabeza lentamente y observó el cuerpo sin vida de Ron Bevin.

—Pero, su cadáver...

—Yo me ocuparé de hacerlo desaparecer, no te preocupes. Y nadie lo

encontrará.

Carol volvió a mirar a su tío.

—Eso es un delito, tío Sean...

—Lo sé.

—Si algún día se descubriese que tú ocultaste el cadáver de Ron...

—Esperemos que eso no suceda nunca. Pero, si así fuese, a ti no te sucedería nada, porque yo diría a la policía que oculté el cadáver de Ron Bevin para no perjudicar mi carrera política. Y no les diré que lo mataste tú en un desgraciado accidente, sino yo.

—¿Tú...?

Clayton sonrió suavemente.

—Sí, pequeña. Nadie sabrá jamás que tú mataste a Ron Bevin, tanto si se descubre que yo oculté el cadáver como si no.

Hubo un breve silencio.

—Dime una cosa, tío Sean. ¿Quieres ocultar la muerte de Ron para no perjudicar tu carrera política... o para no perjudicarme a mí?

—¿Tengo que ser sincero?

—Absolutamente.

—Entonces, te diré que mitad y mitad.

—¿Piensas que la policía no creería que maté a Ron Bevin por accidente?

—Puede que sí y puede que no, Carol. Desgraciadamente, no hubo ningún testigo del accidente. La policía tiene la obligación de sospechar de todo el mundo y de investigar a fondo, hasta dar con la verdad. Sufrirías varios interrogatorios, largos y penosos, te pondrías nerviosa, y quizá dirías algo que pudiera perjudicarte. En esos casos, ya se sabe. Uno acaba confundándose y contradiciendo sus propias palabras.

—Entiendo, tío Sean. Tienes miedo de que no logre convencerles de que fue un accidente y acabe en la cárcel.

—Sí, pequeña, eso es lo que temo.

—A pesar de todo, me gustaría enfrentarme con la policía.

—Sufrirías mucho en los interrogatorios, Carol.

—Lo sé. Pero no me importaría. El saber que no maté a Ron Bevin deliberadamente, me daría fuerzas para soportarlo todo. Y acabaría demostrando que fue un accidente, estoy convencida de ello.

Sean Clayton dio un suspiro.

—Está bien, si tú quieres, telefonearé a la policía.

—¿Y tu carrera política...?

—Tú eres más importante para mí que mi carrera política, Carol. Si prefieres no silenciar la muerte de Ron Bevin...

Carol cubrió la boca de su tío con la mano, impidiéndole seguir hablando.

—No digas nada más, tío Sean. Tú también eres lo más importante para mí. Te debo mucho. No puedo arruinar tu futuro político. Oculta el cadáver de Ron. No hablaré con nadie de su muerte. Jamás.

Sean Clayton tomó la mano de su sobrina y la besó, visiblemente emocionado.

—Gracias, Carol.

—Yo soy quien debe darte las gracias, tío Sean. Tú siempre quieres lo mejor para mí.

—Te lo mereces.

—Tú también —sonrió Carol, y le besó en la mejilla.

—¿Dónde tienes tu bolso? —preguntó Clayton.

—Lo dejé en el salón, junto con el chal.

—¿Llevas en él la llave de mi apartamento?

—Sí.

—Ve por tu bolso, corre.

Carol obedeció, sin hacer preguntas.

Cuando regresó con el bolso y el chal, Sean Clayton la tomó por el codo y la llevó hacia la puerta.

Salieron los dos de la casa.

Frente a ella había dos coches: el «Chevrolet» azul de Sean Clayton, y el «Mercury» verde de Ron Bevin.

Clayton condujo a su sobrina hasta el garaje.

Allí estaba el coche de Carol, un «Alfa Romeo», modelo «Montreal», de color rojo.

—Sube, Carol —indicó Clayton.

—¿Adónde vamos? —preguntó la joven.

—Tú, a mí apartamento. Yo me quedo aquí. Cuando lo haya dejado todo en orden, me reuniré contigo.

—Que sea lo antes posible, tío Sean —rogó Carol.

—Lo procuraré, pequeña —prometió Clayton, sonriéndole.

Carol le dio otro beso y se introdujo en el coche.

Accionó la llave de contacto, que estaba puesta.

El motor del «Alfa Romeo» rugió poderoso.

Carol puso el coche en movimiento y lo sacó del garaje, dirigiéndolo hacia la carretera que conducía a San Francisco.

Media hora después, lo estacionaba frente al 488 de Calverton Avenue.

Carol salió del coche y subió al apartamento de su tío.

Abrió su bolso, extrajo la llave y la introdujo en la cerradura, haciéndola girar.

Carol penetró en el apartamento y encendió las luces del *living*.

Lo primero que hizo, tras dejar el chal y el bolso sobre la mesa ratona, fue acercarse al bien surtido bar y servirse una copa de brandy.

Pensaba que un trago de licor fuerte la reanimaría un poco.

Carol bebió un sorbo.

Enseguida notó un calorcillo en el cuerpo.

También en las mejillas.

Carol tomó otro sorbo de brandy y se acercó al diván, en el cual se dejó caer.

Pensó en Ron Bevin.

En realidad, no había dejado de pensar en él ni un instante.

—Pobre Ron... —musitó, sintiendo que los ojos se le humedecían.

De pronto, el timbre del apartamento se puso a sonar.

Carol no pudo contener un respingo.

Se preguntó quién podría ser.

Tío Sean, desde luego, no.

Demasiado pronto.

Además, él siempre llevaba encima la llave del apartamento.

Carol dudó entre abrir o no abrir.

Un segundo timbrazo, sin embargo, más largo que el anterior, acabó con sus titubeos.

Carol se levantó del diván, dejó la copa sobre la mesa y acudió a abrir.

Como ella había sospechado, no era tío Sean.

Se trataba de un tipo de unos veintisiete años, alto, fuerte, moreno, bastante bien parecido, que vestía correctamente.

Antes de que Carol pudiera decir nada, el apuesto desconocido la enlazó atrevidamente por el talle y la besó en los labios con ardor.

CAPÍTULO 3

T

AN grande fue la sorpresa, que Carol Miller no acertó a reaccionar.

Quedó como paralizada entre los brazos del tipo moreno.

Recibiendo el beso.

¡Y qué beso!

De película.

Y no de indios, precisamente.

De esas otras en la que se advierte: «Autorizada solo para mayores de 18 años».

Quizá esto tuviera mucho que ver también en la súbita, «parálisis» de Carol.

De haber sido un beso violento o desagradable, la joven hubiera reaccionado furiosamente, seguro.

Pero como el beso tenía mucho de agradable, pues...

El desconocido separó al fin su boca de la de Carol y la miró, sin soltar el talle femenino.

—¿Cómo te llamas, primor?

La perpleja joven tardó unos segundos en responder:

—Carol...

—Eres una chica preciosa, Carol. Mucho más de lo que yo imaginaba —dijo el tipo moreno, y la besó de nuevo expertamente.

Carol sufrió un segundo ataque de «parálisis».

O lo que viene a ser lo mismo: no rechazó el beso del atractivo desconocido.

Y es que también era de película.

Aunque, en esta ocasión, de esas en las que se advierte: «Autorizada solo para mayores de 18 años y 14 acompañados».

Menos excitante, vamos.

Pero solo un poco menos excitante.

Sí, porque el desconocido saboreó durante más de un minuto los carnosos y sensuales labios de Carol, sin que ella dijera ni pío.

Tras el beso, él comentó:

—Tus labios saben a excelente brandy francés. ¿Es su sabor natural o

es que acabas de atizarte un trago?

Carol no respondió.

El tipo moreno miró por encima del hombro de la joven y descubrió la copa de brandy sobre la mesa ratona del *living*.

—Oh, ya veo que es lo segundo... —sonrió—. Bien, también yo me serviré un trago de brandy francés —añadió, soltando la cintura de Carol y adentrándose resueltamente en el apartamento.

Carol se giró lentamente y le observó, perpleja todavía, aunque ya no tanto.

El desconocido alcanzó el bar, tomó la botella de brandy francés, y escanció en una copa. Desde el otro lado del bar, indicó:

—Cierra la puerta, preciosidad, que hay corriente.

Carol, tras un titubeo, obedeció.

El tipo moreno salió de detrás del bar, con la copa de brandy en una mano, y se acercó al diván, donde se sentó cómodamente, montando una pierna sobre la otra.

Como si estuviera en su casa, vamos.

Desde allí miró a Carol.

—¿Qué haces ahí, quieta como un semáforo junto a la puerta? Anda, ven y siéntate a mí lado, encanto. La noche es larga, pero estoy seguro de que a ti y a mí nos va a parecer muy corta.

—¿Quién es usted? —inquirió Carol, sin moverse de donde estaba.

—¿Uste...? —repitió el desconocido, y se echó a reír—. Tutéame, nena. ¿O es que tengo aspecto de cincuentón...?

—Responda a mí pregunta, por favor —pidió Carol, seria.

—Me llamo Adam; Adam Ellis.

—¿A qué ha venido, señor Ellis?

—¿De veras no lo sabes...? —repuso irónicamente el tipo moreno.

—Si usted no me lo dice...

—¡A pasarlo bien contigo, guapa!

Carol apretó los dientes.

—Conque a pasarlo bien conmigo, ¿eh?

—Tú también lo pasarás bien conmigo, ya verás. Vamos, acércate de una vez. Ardo de deseos de acariciar tu espléndido cuerpo.

—Como no acaricie usted a su abuela...

—¿Qué?

Carol se giró bruscamente, abrió la puerta, también con brusquedad, y ordenó:

—Fuera de mi apartamento, señor Ellis.

Adam Ellis parpadeó.

—¿Cómo has dicho...?

—¡Fuera, eso es lo que he dicho!

—Pero...

—¡Ni pero, ni porras! ¡Levántese del diván y lárguese!

Ellis obedeció, con cara de no entender lo que estaba pasando.

—¿Puedo saber qué mosca te ha picado, preciosa...?

—¡A mí no me ha picado ninguna mosca! ¡Y no me llame usted preciosa!

—Lo eres...

—¡Pero no me gusta que usted me lo diga!

—Muy bien. ¿Puedo saber qué diablos te ocurre, fea?

Carol dio una furiosa patadita en el suelo.

—¡No me llame fea!

—Oye, a ti no hay quien te entienda... Si te llamo preciosa, te molesta; si te llamo fea, también. ¿Cómo debo llamarte, entonces...?

—¡De ninguna manera! ¡Lo que tiene que hacer es marcharse de una maldita vez!

—Pero, bueno... ¿Qué te he hecho yo?

—¡Tomarme por lo que no soy!

—¿Qué es lo que no eres?

—¡Eso que usted sabe!

—Pero, Al dijo...

—¿Al?

—Sí, Al Darby. Sabes quién es, ¿no?

—¡No conozco a ningún Al Darby!

Adam Ellis abrió la boca.

—¿Seguro...?

—¡Jamás le oí nombrar!

Ellis dejó la copa de brandy sobre la mesa y caminó hacia Carol, visiblemente nervioso.

—Me temo que he sido víctima de una tomadura de pelo, señorita. O de una lamentable confusión.

—Eso me suena a excusa, señor Ellis.

—No, le juro que no. Me encontré esta tarde con ese Al Darby de quien antes le hablé. Al conoce a muchas chicas, ¿sabe? Le pregunté si podía facilitarme la dirección de alguna rubia potable, porque yo las prefiero rubias, y él me dio la suya.

—¿La mía...?

—488 de Calverton Avenue, apartamento 34-G.

—¿Y este es el 34-G...? —Carol abrió más la puerta y miró la cara exterior de la misma, con gesto irónico.

Adam Ellis también la miró.

—¡43-G! —exclamó, respingando.

—Se equivocó usted de apartamento, señor Ellis.

Adam Ellis se cubrió la cara con las manos.

—¡Oh, no...! —gimió.

—¿Por qué se tapa la cara? —preguntó Carol.

—Me siento avergonzado, señorita. Muy avergonzado.

—¿Y escondiendo la cara se siente mejor? —repuso Carol, irónica.

—Un poco, sí —respondió Ellis, mirándola con un solo ojo, por entre los dedos.

A Carol le entraron ganas de reír, pero se contuvo.

—No sea payaso.

Ellis bajó las manos.

—¿Sabrá usted perdonarme, señorita?

—Me temo que no.

—Lamento sinceramente lo sucedido, créame.

—El que usted lo lamente, no arregla nada. No solo me confundió con una chica de vida alegre, sino que me soltó un par de besos que me dejó tonta.

Adam Ellis tosió.

—Siento haberla besado, señorita. Creí que era la amiga de Al, y por eso me atreví a...

—Será mejor que vaya en busca de la rubia potable.

—Sí, claro —murmuró Ellis, y salió del apartamento.

Carol hizo ademán de cerrar la puerta.

—Espere, por favor —rogó Ellis.

—¿Qué le pasa ahora?

—No me iré tranquilo si no me dice usted que no me guarda rencor por lo sucedido.

—No puedo decírselo, porque se lo guardo.

—Todo se debió a una confusión, Carol...

—Eso ya lo dijo antes.

—¿Usted no se ha confundido nunca?

—Sí, muchas veces. Pero no me he comido a besos a ningún hombre.

Adam Ellis se llevó una mano a la boca, para disimular su sonrisa.

—Ya supongo que no.

—Buenas noches, señor Ellis. Y que se divierta mucho con la rubia potable.

Ellis le tendió la mano.

—¿Amigos, Carol?

—No.

—Por favor...

—No.

—¿Va a dejarme con la mano en el aire...?

—Adiós, señor Ellis —dijo Carol, y cerró la puerta.

Permaneció junto a ella, porque temía que Adam Ellis pulsase el timbre de nuevo.

Pero el timbre no sonó.

Carol regresó al diván y se sentó en él, tomando nuevamente su copa de brandy.

En el preciso instante en que se la acercaba a los labios, sonó el timbre.

Carol no pudo reprimir una sonrisa.

Dejó la copa sobre la mesa, se levantó y caminó hacia la puerta.

Sin prisa.

Que esperase un poco el apuesto Adam Ellis.

Carol alcanzó la puerta y abrió.

Instintivamente dio un salto hacia atrás, al tiempo que un grito de terror escapaba de su garganta.

No era para menos.

El hombre que tenía ante ella no era Adam Ellis, sino... ¡RON BEVIN!

CAPÍTULO 4

A

DAM Ellis se detuvo ante el apartamento 34-G.

Dudó entre apretar el timbre o no.

La causa de sus dudas era Carol, la hermosa joven del apartamento 43-G.

No podía dejar de pensar en ella.

Estuvo a punto de dar media vuelta y regresar al apartamento 43-G, para tratar de congraciarse con la bella joven.

Pero no lo hizo.

Ella no parecía dispuesta a aceptar sus disculpas.

Mejor olvidar el asunto.

La amiga de Al Darby le ayudaría a ello.

Adam pulsó el timbre.

No tuvo que esperar demasiado.

Quince segundos después de la llamada, la puerta se abrió y la rubia potable se dejaba ver.

Y nunca mejor utilizada la expresión.

Sí, porque la chica, de unos veinticuatro años de edad y rostro descarado, había acudido a abrirle envuelta en un salto de cama de gasa rosa transparente.

Bajo la sugestiva prenda, apenas nada.

El reducido «slip» y pare usted de contar.

Pero Adam Ellis no paró de contar.

Claro que él no estaba contando las prendas que llevaba la rubia potable bajo el salto de cama, sino las cosas tentadoras que vislumbraba a través de la gasa.

Y eran muchas.

Tantas, que Adams acabó perdiendo la cuenta.

La rubia potable le sonrió atrevidamente y dijo:

—Tú eres Adam Ellis, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —se extrañó Adam.

—Al Darby me anunció tu visita —explicó la rubia, haciéndose a un lado—. Pasa, Adam.

Ellis entró en el apartamento de la amiga de Al.

—Me llamo Norma. ¿Lo sabías? —preguntó la rubia.

—No, Al no me dijo tu nombre. Se limitó a darme tu dirección.

—Suficiente, ¿no?

Adam pensó que no.

Si Al Darby le hubiera dado también el nombre de la chica, él no habría metido la pata con Carol.

Al menos, no tan hondo.

—¿Qué te apetece tomar, Adam...? —preguntó la rubia.

—¿Tienes *whisky*?

Norma llevó aire a sus pulmones y respondió:

—Yo tengo de todo.

Adam se fijó un instante en los poderosos senos de la rubia.

Se acordó de Anita Ekberg.

Y de Jayne Mansfield.

Y de Sofía Loren.

La amiga de Al no les andaba a la zaga, no.

—Ponte cómodo, Adam —aconsejó Norma, mientras se dirigía al mueble-bar, contoneándose provocativamente.

Adam, en lugar de ponerse cómodo, siguió con la mirada a la explosiva rubia, para saber qué tal estaba por «detrás».

Tan apetecible como por delante, no había ninguna duda.

Norma giró la cabeza y le sonrió por encima del hombro.

—Tú mirada abrasa, Adams...

—¿Te molesta que te mire? —sonrió también Ellis.

—¡En absoluto! Además, por tu cara adivino que te gusta lo que ves.

—Mucho.

—Tú también me gustas a mí.

—Me alegro.

—Vamos, siéntate de una vez. Enseguida estoy contigo.

Adam se sentó en el sofá.

—¿No te quitas la chaqueta...? —se extrañó Norma.

—Luego —respondió Adam, que no acababa de sentirse a gusto, aunque no sabía exactamente la razón.

¿Sería el recuerdo de Carol?

Desde luego, no lograba apartarla por completo de su pensamiento.

Mala cosa, porque no se puede pasar bien con una mujer si se está pensando en otra.

Norma se le acercó, con un vaso en cada mano, conteniendo *whisky* con unos cubitos de hielo.

—Tu *whisky*, Adam.

—Gracias —sonrió Ellis, tomando el vaso que le ofrecía la rubia.

Norma se sentó a su lado.

Tan a su lado, que casi se sienta encima de él.

Como a pesar de ello, Adam no parecía decidirse a entrar en acción, Norma cruzó las piernas con un brusco movimiento, lo cual le permitió mostrarlas totalmente y al natural, pues el salto de cama se abrió hasta casi la cintura.

Adam dio una ojeada a los torneados muslos de la rubia, pero sus manos continuaron quietas.

Norma comenzó a impacientarse.

—¿Eres un tipo tímido, Adam?

—En absoluto.

—Pues lo pareces, hijo.

—¿Por qué dices eso?

—Me tienes a tu lado, al alcance de tus labios y de tus manos, con casi todo a la vista, y nada.

Adam carraspeó.

—Lo siento, Norma. Es que estoy un poco distraído.

—¿Pensando en qué? ¿O en quién?

—En algo que me sucedió hace unos minutos.

—¿Quieres contármelo?

—No, no vale la pena.

—¿Y yo, tampoco valgo la pena...? —preguntó Norma, pasándole el brazo por el cuello y acercándole los labios, entreabiertos y provocadores.

Adam pareció que iba a besarla, pero cuando ya sus labios rozaban prácticamente los de ella, se levantó bruscamente del sofá.

—Vuelvo enseguida, Norma —dijo nerviosamente, y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —exclamó la rubia, entre perpleja y furiosa.

—Por tabaco.

—¡Yo tengo cigarrillos de sobra, Adam!

—Yo solo fumo puros, Norma.

—¿Siempre...?

—Siempre.

—¿Y te apetece más fumarte un puro ahora que...?

—Las dos cosas, Norma.

—¿A la vez...?

—¿Por qué no?

—¡Pues sí que...!

—Estaré de vuelta en unos minutos, Norma.

—¡Como tardes más de la cuenta, no te abriré, te lo advierto!

Adam le lanzó un beso al aire y salió del apartamento. Se dirigió rápidamente al apartamento 43-G.

Estaba decidido a conseguir que Carol le perdonase y aceptase su amistad.

Costase lo que costase.

Segundos después, se hallaba ante la puerta del apartamento 43-G.

Pulsó el timbre.

Fueron pasando los segundos y Carol no abría.

Como en la ocasión anterior, Adam volvió a llamar.

Por lo visto, la joven era un poco tardona.

Pero abriría, estaba seguro.

Se equivocó.

Carol no abrió.

¿Habría salido, tal vez?

¿Sospecharía que era él quien llamaba, y por eso no quería abrir?

Adam, desilusionado, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

De pronto, se detuvo.

Giró de nuevo sobre sus talones y volvió al apartamento 43-G.

Tal vez la puerta no estuviese cerrada por dentro.

Efectivamente, no lo estaba.

Adam empujó la puerta suavemente y asomó la cabeza por el hueco.

Dio un fuerte respingo al descubrir a Carol tendida en el suelo, los ojos cerrados, el rostro muy blanco.

A primera vista, la joven parecía muerta.

¿Lo estaría realmente...?

CAPÍTULO 5

A

DAM Ellis penetró en el apartamento, cerró la puerta y se arrodilló junto a Carol Miller.

Pegó su oído al pecho de la joven.

Al escuchar los latidos de su corazón, dio un suspiro de alivio.

No estaba muerta.

Solo desvanecida.

Adam la tomó en brazos y la llevó al diván, sobre el cual la depositó cuidadosamente.

Le palmeó suavemente las amarmoladas mejillas.

—Carol... ¿Me oye usted, Carol?

La joven comenzó a recobrarse.

Abrió los ojos.

—Señor Ellis... —pronunció, con débil voz.

Adam le sonrió, al tiempo que le tomaba una mano y se la oprimía cariñosamente.

—¿Se encuentra mejor, Carol?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy tendida en el diván?

—Vine a rogarle de nuevo que me perdonase por haberle confundido con la amiga de Al Darby. Llamé dos veces, y como usted no me abría, probé a ver si la puerta no estaba cerrada por dentro. Como no lo estaba, pude abrir y, al asomar la cabeza, la encontré tendida en el suelo, junto a la puerta. Me llevé un susto terrible, porque creí que estaba muerta... Afortunadamente, solo estaba desvanecida.

Carol se incorporó con brusquedad, quedando sentada en el diván.

Adam se dio cuenta de que un súbito temblor estremecía el cuerpo de la joven de una forma realmente alarmante.

—¿Qué le ocurre, Carol...?

—¿Lo vio usted, Adam? —inquirió Carol, mirando hacia todos lados, con el terror reflejado en el rostro.

—¿A quién?

—Al hombre.

—¿Qué hombre?

Carol estuvo a punto de decírselo, pero en el último instante se contuvo.

Comprendió que no debía mencionar el nombre de Ron Bevin.

Ni nada de lo ocurrido.

Aunque, ¿qué era lo que había ocurrido realmente?

Ella mató a Ron de un disparo.

Vio perfectamente cómo escapaba la sangre por entre sus dedos.

Cómo se tambaleaba.

Cómo se desplomaba...

Y tío Sean confirmó segundos después la muerte de Ron.

Entonces, ¿cómo pudo Ron acudir al apartamento, pulsar el timbre, y presentarse ante ella, con la cara llena de sangre y el ojo izquierdo espantosamente reventado...?

Los muertos no caminan.

Ni pulsan timbres.

¿Sería tal vez el espíritu de Ron lo que ella vio...?

¿O no vio realmente nada, y todo fue producto de su mente, debido sin duda a la fuerte impresión que le había producido la muerte de Ron?

Fuera como fuera, solo podía hablar de ello con tío Sean.

Con nadie más.

Ni siquiera con Adam Ellis.

Aunque alguna explicación tendría que darle a este, después de lo ocurrido.

—¿Qué hombre, Carol? —volvió a preguntar Adam.

Carol le miró, esforzándose por dominar su terror y los temblores que agitaban su cuerpo.

—¿De veras no vio usted a nadie, Adam...?

—No, no vi a nadie.

—Alguien llamó, poco después de que usted se marchara... Yo pensé que sería usted, y abrí la puerta.

—¿Y quién era?

—Un demonio.

—¿Un qué...? —exclamó Adam, agrandando los ojos.

—Bueno, un hombre, que se cubría la cara con una máscara de demonio. Una máscara horrible. Me impresioné tanto, que di un grito de terror y me desmayé. No recuerdo más...

Adam Ellis se irguió lentamente, con una expresión muy distinta a la suya habitual.

—No se mueva de aquí, Carol —indicó, en voz baja.

—¿Qué ocurre, Adam...? —inquirió la joven, bajando la voz también.

—Voy a registrar el apartamento.

—¿Para qué?

—El tipo de la máscara puede estar oculto en alguna habitación.

Carol dio un respingo.

—¿Aquí...?

—No sabemos qué pretendía ese hombre, Carol. Si solo quería asustarla, debió echar a correr al ver que usted se desmayaba. En cambio, si traía peores intenciones...

—¿Peores intenciones...?

—Abusar de usted, por ejemplo.

Carol se miró.

—Mi vestido está intacto, Adam...

—Si el tipo llevaba esas intenciones, no tuvo tiempo de hacer nada. Recuerde que yo regresé solo unos minutos después de haberme marchado. Llamé dos veces, como antes le he dicho. Si el tipo se encontraba en el interior del apartamento, no tuvo más remedio que esconderse. Y escondido debe seguir, si penetró en el apartamento con intención de violarla. ¿Me autoriza a dar un vistazo, Carol?

La joven asintió con la cabeza.

Adam, con las precauciones que el caso requería, procedió a registrar el apartamento.

No encontró a nadie.

Regresó junto a Carol y se sentó en el diván, diciendo:

—Debía tratarse de un bromista de mal gusto, Carol. En el apartamento no hay nadie.

—Menos mal... —suspiró la joven.

—De todos modos, me alegro de haber vuelto a su apartamento.

—Y yo le agradezco que lo haya hecho, Adam.

—¿Me ha perdonado ya?

Carol sonrió suavemente.

—Sí, le he perdonado.

—No sabe qué peso me quita de encima.

—¿No fue en busca de la rubia potable?

—Sí, estuve unos minutos en el apartamento 34-G —carraspeó Adam.

—¿Y qué? ¿No era todo lo potable que usted esperaba?

—Oh, sí, la chica es un supermercado.

—¿Supermercado...?

—Que tiene de todo y en abundancia, quise decir —tosió Adam.

—Una leona, ¿no? —sonrió Carol.

—Exacto.

—Si tan apetecible estaba... ¿por qué la dejó?

—Mi conciencia no estaba tranquila, ya se lo he dicho. No lograba concentrarme en la chica, y ella se dio cuenta.

—¿Le contó usted que...?

—No, no le dije nada.

—Mejor.

—Eso pensé yo.

—¿Qué excusa le dio a la chica, para dejarla?

—Le dije que iba a comprar tabaco.

—¡Oh! Entonces, tiene que volver con ella...

—Sí —asintió Adam.

Carol se mordió el labio inferior.

—¿Es absolutamente necesario, Adam...?

—¿Qué vuelva con la rubia potable?

—Sí.

Adam se tironeó el lóbulo derecho.

—Bueno, tanto como absolutamente necesario...

—Quédese un rato conmigo, Adam —pidió Carol.

—¿Con usted...?

—Me da miedo quedarme sola, después de lo ocurrido.

—El tipo de la máscara no volverá, no se preocupe.

—Pero sigo teniendo el miedo metido en el cuerpo.

—Un paseo le sentaría bien —sugirió Adam.

—¿Con usted?

—Sería un placer para mí, se lo aseguro.

Carol volvió a morderse el labio.

—Me gustaría Adam, pero...

—Puede fiarse de mí, Carol.

—Y me fío. ¿Cree que si no me fiara le pediría que se quede un rato conmigo?

—Entonces, ¿qué le impide dar ese paseo?

—No puedo abandonar el apartamento, Adam. Estoy esperando a mi tío.

—¿Su tío...?

—Mis padres murieron siendo yo una niña todavía, y desde entonces vivo con mi tío.

—¿Aquí?

—No, en la casa de mis padres. Este apartamento es propiedad de mi tío. El vivía aquí, antes de hacerse cargo de mí. Y tiene pensado volver a vivir aquí, cuando yo alcance la mayoría de edad.

—¿Y cuándo será eso?

—Dentro de tres semanas, exactamente.

—Oh, sí que falta poco.

—Si se queda usted conmigo hasta que venga mi tío, le invitaré a mi fiesta de cumpleaños.

—Tengo la impresión de que es usted una joven rica, Carol... ¿Me

equivoco?

Carol sonrió.

—No, no se equivoca. Cuando cumpla los veintiún años, recibiré cinco millones de dólares.

Adam Ellis lanzó un silbido.

—¡Cinco millones de pavos!

—Es lo que me dejaron mis padres, además de la magnífica casa.

—Todo un fortunón, Carol.

—¿Acepta mi proposición, Adam?

—Yo desentonaría en su fiesta de cumpleaños, Carol.

—¿Por qué dice eso?

—No soy más que un simple vendedor de lavadoras automáticas. Tengo un sueldo corriente, más una pequeña comisión por cada venta que realizo. Ni siquiera tengo «smoking».

—No me importa que sea vendedor de lavadoras automáticas, Adam. Como tampoco me importaría que vendiera batidoras, peines o pasta de dientes. En cuando a lo del «smoking», puede alquilar uno por una módica cantidad. O venir a la fiesta sin «smoking». ¿Qué más da?

—Haría el ridículo, Carol.

—No diga tonterías. Lo que pasa es que está usted deseando volver con la leona del 34-G, por eso todo es poner excusas para no quedarse un rato conmigo.

Adam sonrió.

—Me agrada su compañía, Carol. Y me agrada usted.

—Pero le agrada más la rubia potable, confíeselo.

—Se equivoca. Usted me gusta mucho más que ella. Y si no fuera por los cinco millones de dólares...

—¿Qué?

—Me atrevería a demostrárselo.

Carol sonrió coquetamente.

—¿Y si yo le pidiera que se olvidase de los cinco millones...?

—No sé si podría.

—¿Por qué no lo intenta? —sugirió Carol.

Adam la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Se miraron a los ojos, sin pronunciar palabra.

No hacía falta.

Unieron sus bocas.

Carol no se quedó quieta esta vez.

Rodeó con sus brazos el cuello de Adam y le devolvió el beso.

Aquel, y los que vinieron después.

Y la rubia potable, esperando que Adam regresara con los puros...

CAPÍTULO 6

U

N buen rato después, la puerta se abrió y Sean Clayton penetraba en el apartamento.

Se quedó parado al descubrir que su sobrina no estaba sola.

—Carol... —murmuró, observando al tipo moreno.

—¡Tío Sean! —exclamó la joven, poniéndose en pie.

Adam Ellis se apresuró a imitarla.

Sean Clayton avanzó hacia ellos, sin abandonar su gesto de sorpresa.

—¿Quién es este joven, Carol...? —inquirió.

—Se llama Adam Ellis. Adam, te presento a Sean Clayton, mi tío y tutor.

Adam ofreció su diestra al tío de Carol.

—Encantado de conocerle, señor Clayton —dijo, sonriendo amablemente.

Sean Clayton, tras un titubeo, estrechó la mano de Adam.

—¿Desde cuándo conoce a Carol, señor Ellis?

Adam miró a la joven.

—Pues...

—Yo te lo explicaré luego, tío Sean —intervino Carol—. Adam tiene que marcharse. ¿Verdad que tienes que marcharte, Adam?

—¿Yo?

—Me dijiste que tenías prisa.

—Oh, sí, mucha prisa —asintió nerviosamente Adam, que no entendía porqué Carol le despedía de un modo tan rápido.

—Te acompañaré hasta la puerta, Adam —sonrió Carol, cogiéndolo del brazo y tirando de él.

—Buenas noches, señor Clayton —dijo Adam, forzando una sonrisa.

—Ha sido un placer, señor Ellis —repuso Clayton.

Carol abrió la puerta y Adam salió del apartamento.

—Lláname por teléfono mañana, Adam —rogó Carol, en tono bajo.

—No sé tu número —repuso Ellis.

—Búscalos en la guía telefónica.

—¿Por qué no puedo quedarme un poco más?

—Tengo que hablar a solas con mi tío.

—¿Del tipo de la máscara?

—De eso y de otras cosas.

—¿Y si vuelvo dentro de un rato? —sugirió Adam.

—No.

—Queda mucha noche por delante, Carol...

—También quedan otras muchas noches.

—Carol...

—Adiós, Adam. Y no se te ocurra volver con la leona del 34-G, ¿eh?
No quiero que te devore.

—Aunque volviera, me cerraría la puerta en las narices. No se tarda tanto en ir por tabaco.

—Tú, por si acaso, no vuelvas.

—Me iré a dormir y soñaré contigo —prometió Adam.

—Eso está bien. Pero cuidado con lo que haces conmigo en sueños, ¿eh? —sonrió pícaramente Carol.

—Todo lo que me gustaría hacer despierto —sonrió también Adam.

—Atrevido.

—¿Por qué me llamas atrevido?

—Veo una cama en cada uno de tus ojos.

—Qué ojos tan delatores.

—Márchate ya, Adam.

—¿No me das un beso de despedida?

—Te lo debo.

—¿Y cuándo podré pasarte la factura?

—Tal vez mañana.

—Ya tenía que ser mañana.

—A impaciente no hay quien te gane.

—Ni a ti a bonita.

—¿Aún estás ahí...?

—Está bien, ya me voy.

—Me llamarás, ¿verdad?

—¿Cómo puedes dudarlo?

Carol le lanzó un beso y cerró la puerta.

Al instante, su rostro se transfiguró.

—¡Tío Sean! —exclamó, y corrió hacia su tutor, refugiándose en sus brazos.

Clayton la estrechó cariñosamente.

—¿Qué te ocurre, pequeña?

—¡Estoy aterrorizada, tío Sean!

—Pues no se te notaba en absoluto.

—¡Porque lo disimulaba! ¡No quería que Adam sospechara la verdad!

—¿Quién es ese Adam? Jamás me hablaste de él...

—¡Si lo he conocido esta noche!

—¿Qué...?

Carol explicó:

—Le esperaba una chica en el apartamento 43-G. Él se confundió y llamó a este. Como él no conocía personalmente a la chica, me tomó por ella y me besó.

—¡Qué atrevimiento!

—Le eché del apartamento.

—Después de darle una buena bofetada, supongo.

—Sí, claro —mintió Carol.

Sean Clayton entornó un ojo.

—¿Y cómo es que estaba aquí?

—Volvió para disculparse.

—Y tú aceptaste sus disculpas, claro.

—Sí, no tuve más remedio. Si Adam no hubiera vuelto, me hubiese muerto de terror al despertar.

—¿Al despertar...?

—Me desmayé, tío Sean.

—¿Qué te desmayaste...?

—Un par de minutos después de haber echado a Adam del apartamento.

—¿Efectos retardados del beso, tal vez...?

Carol esbozó una sonrisa.

—Si las circunstancias fueran otras, me echaría a reír por lo que has dicho.

—¿Cuál fue la causa de tu desmayo, Carol?

—Ron Bevin.

—Entiendo. Recordaste el momento en que tú disparaste contra él y...

Carol negó con la cabeza.

—No fue eso, tío Sean.

—¿No?

—Llamaron a la puerta.

—¿Adam Ellis?

—Eso pensé yo, que sería él de nuevo.

—¿Y no era Adam?

—No. Era... Ron Bevin.

El rostro de Sean Clayton se llenó de perplejidad.

—¿Cómo has dicho...?

—Que al abrir la puerta me encontré a Ron Bevin. Tenía el rostro cubierto de sangre, el ojo izquierdo reventado... Di un chillido de terror y me desmayé. Cuando volvió Adam, unos minutos después, me encontró

tendida en el suelo. Alarmado, me tomó en brazos y me llevó al diván. Consiguí reanimarme... Yo estuve a punto de contárselo todo, porque estaba muerta de miedo, pero no lo hice. Para justificar mi desmayo, le dije que un hombre con una máscara de demonio me había dado un susto espantoso. Él me creyó, y accedió a quedarse conmigo hasta que tú vinieras. Por eso te dije antes que no tuve más remedio que aceptar sus disculpas. Me sentía tan aterrorizada, que no quería quedarme sola.

Sean Clayton no habló.

Continuó callado, observando a su sobrina fijamente.

Carol se mordió los labios.

—No puedes creer que yo viera a Ron, ¿verdad? —musitó.

—Ron está muerto, Carol. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Sí, lo sé. Por eso me aterroricé de esa manera cuando le vi...

—Cuando creíste verle —corrigió Clayton.

—¿Piensas que todo fue fruto de mi imaginación?

—No puedo pensar otra cosa, Carol. Ron no pudo venir aquí. En primer lugar, porque está muerto, y los muertos no pueden desplazarse de un sitio a otro. Y en segundo lugar, porque yo envolví su cadáver con una lona, lo até fuerte, lo metí en el maletero de su coche y llevé este al pantano. La ciénaga se tragó el coche en cosa de segundos, sin dejar el menor rastro. Aunque Ron no hubiese muerto del disparo, que murió, porque yo pude comprobar que su corazón había dejado de latir, jamás podría salir del fondo de la ciénaga. Aunque su cuerpo no hubiese estado envuelto en una lona, atado, y encerrado en el maletero del coche. De una ciénaga no se puede salir si no se cuenta con la ayuda de otra persona, Carol. Y a veces, ni así.

Carol fue a decir algo, pero no llegó a hacerlo.

Bajó la mirada.

Clayton le tomó suavemente la barbilla.

—Sufriste una fuerte crisis nerviosa al ver desplomarse a Ron, con el rostro ensangrentado. Yo hice cuanto pude por tranquilizarte, pero era difícil conseguirlo del todo. El suceso está demasiado reciente, y no podrás apartarlo de tu mente hasta que no pase algún tiempo. Eso fue lo que sucedió, Carol.

—Que no vuelva a pasar, es menester. Si me encontrara de nuevo con Ron Bevin...

—Para que eso sucediera, tendrías que quedarte de nuevo sola, porque es en la soledad cuando suelen verse cosas que no existen más que en la mente de uno. Y no volverás a quedarte sola, Carol. Yo estaré en todo momento a tu lado.

—Sí, por favor. No quiero estar sola ni un minuto.

—¿Te encuentras con ánimos para salir? —preguntó Clayton.

—¿A cenar?

—Sí.

—No podría engullir ni un taquito de jamón.

—Nos conviene salir, Carol. A los dos. Si nos quedamos aquí, no dejaremos de pensar en lo sucedido. Tenemos que distraernos.

—Sí, creo que tienes razón, tío Sean.

—Retócate un poco ese cabello, anda. Lo tienes algo desordenado.

Carol sonrió.

—Solo tardaré un par de minutos.

—No tengo prisa, pequeña.

Carol se dirigió al cuarto que ocupaba ella cuando pasaba la noche en el apartamento de su tío, lo cual sucedía bastante a menudo.

Sean Clayton, mientras tanto, se sirvió un trago de ginebra.

Poco después, Carol salía de su cuarto.

—Estoy lista, tío Sean —dijo, cogiendo el bolso y el chal.

—En marcha, pues —sonrió Clayton.

Apuró su ginebra, tomó del brazo a su sobrina, y ambos salieron del apartamento, cuya puerta cerró Sean Clayton con llave.

* * *

Tres horas después, Sean Clayton y Carol Miller se dirigían a casa en el «Chevrolet» azul del primero.

El «Alfa Romeo» de Carol había quedado estacionado frente al apartamento de su tío.

Carol sugirió a su tutor pasar la noche en el apartamento, pero él estimó que debían ir a dormir a casa, pues deseaba estar en ella cuando a la mañana siguiente, temprano, llegase el servicio.

Sean Clayton aseguró a su sobrina que había borrado todas las huellas del desgraciado suceso, pero aun así, quería estar presente cuando llegase el personal que se ocupaba de la casa, para cerciorarse de que no encontraban nada anormal.

Durante el trayecto, apenas hablaron.

Llegaron a la casa.

Clayton encerró su coche en el garaje.

—Vamos, Carol —indicó, tomando a su sobrina por la cintura.

Se daba cuenta de que a ella le daba un cierto temor entrar en la casa.

Carol se dejó llevar.

Entraron en la casa.

Los ojos de Carol se posaron rápidamente en el lugar en donde, unas horas antes, yaciera Ron Bevin.

El suelo estaba limpio y brillante.

No había una sola mancha de sangre.

Como si nada hubiera sucedido.

Clayton llevó a su sobrina hacia la escalinata de mármol.

Ascendieron por ella.

Poco después, se detenían ante la puerta del cuarto de Carol.

—Que descanses, pequeña —dijo Clayton, y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, tío Sean.

—Si necesitas alguna cosa, no dudes en llamarme.

Carol forzó una sonrisa y penetró en su dormitorio, cuyas luces encendió, cerrando la puerta a continuación.

Le entraron ganas de correr el pasador.

No lo hizo.

Hubiera sido una precaución ridícula.

Ron Bevin estaba muerto.

Su cadáver yacía en el fondo de una ciénaga.

No podía hacerle ningún daño.

Y aunque pudiera, ¿por qué iba a hacérselo?

Ella no era responsable de su muerte.

Le había matado por accidente.

Sí.

Mejor alejar los temores de su cuerpo.

Si el miedo seguía dominándola, su mente le jugaría otra mala pasada y creería ver de nuevo a Ron.

Y seguramente su corazón no lo resistiría.

Del terror infinito, al paro cardíaco, solo hay un paso.

Y ella no quería darlo.

Podía traer funestas consecuencias.

Carol se acercó al armario y abrió la puerta de la derecha.

Allí guardaba sus camisones, sus pijamas y la ropa interior.

Cogió uno de los camisones, un fantástico modelo en gasa negra, bordeado de finísimo volante de puntilla y abertura rematada debajo del pecho por una vistosa cinta roja en forma de lazo.

Carol cerró la puerta y fue hacia la cama, sobre la cual dejó el sugestivo camisón.

Se quitó el vestido, los zapatos y las medias y se puso el camisón.

Con el precioso vestido lila en las manos, regresó junto al armario y abrió la puerta de la izquierda.

Allí guardaba los vestidos de noche.

No pudo guardar el de color lila.

Le cayó de las manos apenas abrir la puerta.

Tampoco pudo gritar, aunque lo intentó.

Ni retroceder, cosa que también intentó.

Pero sus piernas no le obedecieron.

Estaban paralizadas por el terror.

Ni siquiera las sentía.

El resto del cuerpo también lo tenía paralizado.

Carol, pálida como un difunto, siguió mirando con ojos dilatados a Ron Bevin.

Estaba allí.

Dentro del armario.

De pie.

Mirándola con un solo ojo: el derecho.

El izquierdo lo tenía reventado.

Horriblemente reventado.

En su boca, cubierta de sangre, como toda su cara, surgió una sonrisa.

Siniestra.

Macabra.

Fantasmagórica.

Ron Bevin alargó una mano hacia ella.

Ensangrentada, como su rostro.

Carol sintió una punzada en el pecho.

Aguda.

Dolorosa.

Terrible.

Las piernas se le doblaron y se desplomó, al tiempo que se le nublaba la vista.

Se llevó ambas manos al pecho.

Le seguía doliendo.

Cada vez más.

Apenas podía respirar.

Carol boqueó como un pez, sin ver nada ya.

Segundos después, perdía el conocimiento y quedaba completamente inmóvil.

CAPÍTULO 7

C

AROL Miller despegó lentamente los párpados.

Le pesaban como losas.

Todo su cuerpo parecía de plomo.

Apenas podía moverse.

Estaba acostada en su cama, cubierta hasta casi el cuello, aunque con los brazos fuera de la sábana.

A su derecha tenía al doctor Kingston, un hombre de mediana edad, más bien grueso que delgado, cuyo rostro inspiraba toda la confianza del mundo.

A su izquierda se encontraba su tío, con la preocupación reflejada en su semblante.

—Tío Sean... —musitó Carol, sintiendo que se le humedecían los ojos.

Clayton le tomó la mano entre las suyas.

—No te esfuerces en hablar, pequeña. El doctor Kingston dice que no te conviene.

—Yo...

—Tranquilícese, Carol —intervino el doctor Kingston, sonriéndole bondadosamente—. El peligro ha pasado ya.

—Es cierto, pequeña —corroboró Clayton—. No tienes nada que temer. Estás a salvo. El doctor Kingston tiene unas manos de oro —elogió, mirando al médico con agradecimiento.

—Agradezco el cumplido, señor Clayton, pero nada hubiera podido hacer yo por su sobrina si usted no me hubiese llamado tan a tiempo. A usted le debe la vida, no a mí.

—Dios quiso que oyera el ruido que produjo Carol al desplomarse. De no haber sido por eso, no me habría enterado de su desvanecimiento.

—Y ella hubiera muerto.

Carol se estremeció.

—¿Tan grave fue...?

El doctor Kingston asintió con la cabeza.

—Sufrió un ataque cardíaco, Carol.

—Dios mío...

—No tiene porqué alarmarse. El ataque, si usted sigue mis instrucciones, no volverá a repetirse. Unos días de reposo absoluto, junto con la medicación que voy a recetarle, harán que su ahora debilitado corazón recobre su fortaleza habitual.

—¿Seguro que me pondré bien, doctor...?

—Le doy mi palabra, Carol. Volverá a hacer una vida absolutamente normal, sin privaciones de ningún tipo.

—Mi madre murió de un ataque al corazón, doctor...

—Lo sé. Pero usted es mucho más joven, Carol. Le repito que se pondrá bien. Y muy pronto. Ahora, trate de dormir. Lo necesita.

—Gracias, doctor.

—Mañana por la mañana vendré a reconocerla de nuevo. Y como no la encuentre más animada, me enfadaré con usted.

Carol sonrió débilmente.

—Procuraré complacerle, doctor.

—A ver si es verdad —sonrió también Kingston, cerrando su maletín.

—¿No le importa que no le acompañe hasta la puerta, doctor Kingston?
—dijo Clayton—. No quisiera dejar sola a Carol...

—En absoluto, señor Clayton. Conozco bien el camino.

—Gracias por todo, doctor.

—No hay de qué, señor Clayton. Hasta mañana.

—Buenas noches, doctor Kingston.

El doctor Kingston salió del dormitorio.

Sean Clayton se sentó en el borde de la cama.

Seguía teniendo entre las suyas la mano de su sobrina.

—Qué susto me diste, pequeña —dijo, mirándola tiernamente.

—Lo siento, tío Sean.

—¿Recuerdas lo que te sucedió?

Carol ladeó la cabeza lentamente y clavó sus ojos en la puerta del armario, la de la izquierda. Ahora estaba cerrada.

—Perfectamente, tío Sean. Vi de nuevo a Ron Bevin. O creí verlo...

—¿Dónde?

—En el armario. Me lo encontré al abrir la puerta para colgar el vestido. Me quedé paralizada de terror. Quise gritar, pero no me salió la voz. El alargó su mano hacia mí, ensangrentada... Fue entonces cuando me sobrevino el ataque y me desplomé. Ya no recuerdo más.

—Pobre Carol... No debí dejarte sola, ni siquiera en tu dormitorio. El caso es que estuve a punto de preguntarte si deseabas que entrara contigo y pasase la noche aquí, sentado en el sillón.

—Y yo estuve a punto de pedírtelo.

—Me dio reparo, ¿sabes? Te has convertido ya en una mujer, y...

—Lo mismo me sucedió a mí. Pensé que te sentirías violento, y por eso

no me atreví a pedírtelo.

—Los dos cometimos un error, Carol. De haber estado yo contigo, no habrías visto a Ron Bevin. Ni al abrir la puerta del armario, ni debajo de la cama, ni en ningún sitio.

—Seguro que no.

—No volverá a suceder, pequeña. Me quedará contigo.

—¿No te importa dormir en un sillón?

—No voy a dormir. Velaré tu sueño.

—Si no duermes, mañana estarás hecho polvo.

—Pues que me barra la doncella, no me importa.

La broma de Sean Clayton arrancó una sonrisa a su sobrina.

—Qué chiste tan bueno, tío Sean.

—Me salió por casualidad. Tú sabes que yo soy muy malo haciendo chistes.

—Tú eres bueno para todo, tío Sean.

Clayton se inclinó y la besó en la mejilla.

—Duérmete, pequeña.

—Me encuentro muy cansada, pero no tengo sueño.

—Ya oíste al doctor. Necesitas dormir.

—Lo intentaré, tío Sean.

—Así me gusta.

Sean Clayton se levantó y se sentó en el sillón, cruzando las piernas.

—Tío Sean...

—¿No ibas a intentar dormir? —recordó Clayton.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Estás hablando mucho, Carol, y el doctor dijo...

—¿Tú crees en los espíritus?

—¿Qué? —pestañeó Clayton.

—Que si crees en los espíritus.

—Diablos, vaya pregunta.

—Respóndeme, por favor.

—No, no creo en los espíritus. Rotundamente no. Y tú tampoco, supongo...

Carol no respondió.

Sean Clayton arrugó el ceño y descruzó las piernas, echando el torso hacia adelante.

—Carol, ¿no estarás pensando...?

—Sí, tío Sean —asintió la joven, quedamente.

—¡No puedo creerlo, Carol! —se enfadó Clayton, levantándose del sillón—. ¿Cómo es posible que una muchacha culta e inteligente como tú...?

—Las dos veces que creí ver a Ron, era una imagen tan nítida que me

cuesta admitir que no fuera real.

—Era tan nítida porque el suceso está demasiado reciente, y en tu cerebro guardas todavía hasta el último detalle. A medida que vayan pasando los días, se irá borrando poco a poco, hasta desaparecer por completo.

—Dudo que pueda olvidarlo del todo, tío Sean.

—Ya verás cómo sí. Yo te ayudaré. Pero tú tendrás que colaborar.

—¿De qué modo?

—Para empezar, desechando ideas tan absurdas como esa de los espíritus. Si llegaras a creer que los espíritus existen, jamás lograrías expulsar el miedo de tu cuerpo, Carol, y tu vida sería un infierno.

—Yo nunca creí en espíritus, pero...

—Tienes que seguir así, Carol. Por lo que más quieras en este mundo, no vuelvas a pensar que fue el espíritu de Ron lo que creíste ver por dos veces.

Carol sonrió dulcemente.

—Lo que más quiero eres tú, tío Sean.

—Entonces, hazlo por mí.

—No volveré a tener ese pensamiento, te lo prometo.

—Gracias, pequeña. Y ahora, a dormir —ordenó Clayton, sentándose de nuevo en el sillón.

Carol cerró los ojos.

No era cierto que no tuviera sueño.

Lo que tenía era miedo de dormirse.

Temía sufrir pesadillas.

Ver a Ron Bevin en sueños.

Ensangrentado.

Con el ojo izquierdo hecho pedazos.

Caminando hacia ella.

Atrapándola, tal vez...

Carol sintió frío.

«No permitas que sueñe con él. Dios mío», suplicó al Todopoderoso con el pensamiento.

¿Escucharía El su súplica?

Carol esperaba que sí.

Ya había sufrido bastante despierta.

Sería demasiada desdicha volver a vivir todo aquel horror en sueños.

Con él fin de no dormirse con la imagen del infortunado Ron Bevin en el pensamiento, decidió pensar tenazmente en otra cosa, hasta que el sueño la rindiera.

En algo agradable, por supuesto.

Empezó a pensar en Adam Ellis, el simpático vendedor de lavadoras

automáticas...

CAPÍTULO 8

A

DAM Ellis detuvo su coche frente a la casa de Carol Miller.

Le dio un poco de vergüenza.

El coche, un «Ford» marrón, adquirido de segunda mano, desentonaba al lado de la magnífica casa, pues tenía algunas abolladuras y estaba pidiendo a gritos unos retoques de pintura.

Adam pensaba dárselos, desde luego.

Y eliminar también las abolladuras.

Pero no encontraba el tiempo necesario para dejarlo en el taller de reparaciones. Necesitaba el coche para realizar su trabajo, ese era el problema.

En fin, ya encontraría el momento.

Adam atrapó el bonito ramo de flores que descansaba junto a él, en el asiento, y salió del coche.

Se acercó a la puerta y pulsó el timbre de la casa.

Al otro lado, una gran orquesta se puso a tocar.

A Adam le pareció la Filarmónica de Berlín.

Y hasta se imaginó al genial Herbert von Karajan dándole a su mágica batuta.

—Con lo que costó este carillón, tendría yo para un coche nuevo y aún me sobraría para un flamante «smoking» —rezongó, mientras se centraba el nudo de la corbata.

La puerta no tardó en abrirse.

—¿Qué desea, el señor? —preguntó el mayordomo que había aparecido en el hueco, un tipo alto y delgado, pulcramente uniformado.

—Vengo a ver a la señorita Carol —respondió Adam.

—Me temo que no podrá ser, señor. La señorita Carol se encuentra enferma.

—Lo sé. Llamé hace un rato preguntando por ella y me lo dijeron. Por eso estoy aquí.

—Oh, fue usted quien telefoneó...

—Sí. ¿Hablé con usted?

—Efectivamente, señor.

—Me llamo Adam Ellis. Soy amigo de la señorita Carol. Haga el favor de decirle que estoy aquí. Seguro que querrá recibirme.

—Lo dudo, señor Ellis. La señorita Carol se encuentra en cama...

—¿Se apuesta cinco pavos a que me recibe, Robert? —sonrió Adam. El mayordomo elevó orgullosamente su afilada barbilla.

—Jamás hago apuestas, señor. Y no me llamo Robert, sino.

—¿Richard, tal vez...?

—Tampoco, señor.

—¿Charles, quizá...?

—Sigue frío, el señor.

—Me rindo, Walter.

—¡Ya lo adivinó!

Adam rio.

—¿De veras se llama Walter...?

—Desde hace cuarenta y dos años, señor.

Adam le dio un golpecito en el hombro.

—Lo de la apuesta era una broma, Walter.

—Ya me doy cuenta, señor.

—¿No me guarda rencor, entonces?

—Ninguno, señor —sonrió el mayordomo.

—¿Avisa a la señorita Carol, Walter...? —insistió Adam.

—Está bien, señor Ellis. Pase usted.

—Un millón de gracias, Walter.

Adam entró en la casa.

Al descubrir las dimensiones del vestíbulo, lanzó un silbido y exclamó:

—¡Aquí podría jugarse un partido de rugby, Walter!

El mayordomo sonrió.

—Tenga la bondad de esperar aquí, señor Ellis.

—A ver si me pierdo...

El mayordomo comenzó a alejarse, con paso ceremonioso.

Ascendió por la lujosa escalinata de mármol.

—Por una escalera así, dará gusto caerse... —murmuró Adam, maravillado.

El mayordomo llegó arriba y desapareció.

Un par de minutos después, aparecía de nuevo.

Descendió por la escalinata, siempre con su paso ceremonioso.

Al reunirse con Adam, este, impaciente, inquirió:

—¿Qué?

El mayordomo sonrió.

—Si hubiese aceptado su apuesta, hubiera perdido los cinco pavos, señor Ellis.

—¿Usted o yo?

—Yo, naturalmente.

—¿Quiere eso decir que la señorita Carol...?

—Se ha alegrado mucho de su visita, señor, y me ha ordenado que le lleve a su habitación.

Adam sonrió, orgulloso.

—Ya le dije que la señorita Carol y yo somos amigos, Walter. Muy buenos amigos.

—Lo celebro, señor. Si tiene la amabilidad de acompañarme...

—Le sigo, Walter.

Echaron los dos a andar hacia la preciosa escalinata.

—Jamás había estado en una casa como esta, Walter.

—¿Le gusta, señor?

—Gustarme es poco. Estoy impresionado. Acomplejado, más bien.

—No tiene porqué, señor.

—Yo no estoy acostumbrado a los lujos, Walter. De ahí que me sienta un poco cohibido en esta casa.

—Repito que no tiene porqué, señor.

—Bueno, pues ya que insiste, trataré de sacudirme ese complejo de encima.

Alcanzaron el piso alto.

—Aquella es la puerta de la habitación de la señorita Carol, señor Ellis —indicó el mayordomo.

—Gracias de nuevo, Walter.

—No hay de qué, señor —sonrió el mayordomo, y se retiró.

Adam se acercó a la puerta señalada por Walter y dio unos golpecitos con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz masculina, desde el otro lado.

Adam abrió la puerta, pero no la cruzó.

—No se quede ahí, señor Ellis —dijo Sean Clayton, que estaba de pie, a la izquierda de la cama en la que se hallaba acostada Carol.

—Pasa, Adam —rogó también la joven, sonriéndole.

Adam penetró en la habitación.

—Qué flores tan bonitas, Adam. ¿Son para mí?

—Sí.

—Muchas gracias, Adam.

—Telefoneé hace un rato y me dijeron que te encontrabas enferma. Por eso me he atrevido a...

—Te agradezco mucho que hayas venido, Adam.

—Yo también se lo agradezco, señor Ellis —dijo Clayton—. El que haya venido a interesarse por Carol, y el que la atendiera anoche, en mi apartamento, cuando la encontró desvanecida.

—Lo hice con sumo gusto, señor Clayton. Lo único que lamento es no

haber llegado unos minutos antes, en el instante en que el bromista de mal gusto la asustaba con su máscara de demonio. Si llego a pillar al tipo, no le hubieran quedado ganas de asustar a nadie más, eso se lo garantizo.

—El sujeto se merecía una buena lección, desde luego. Si Carol está enferma, es por su culpa. Se aterrorizó tanto, que más tarde, ya en casa, sufrió un nuevo desvanecimiento y hubo que llamar urgentemente al doctor. Por fortuna, no es nada serio y Carol se pondrá bien en unos días.

—Celebro que no sea nada grave.

—Gracias, Adam —dijo Carol—. ¿No quieres sentarte...?

—¿No te perjudicará conversar unos minutos conmigo?

—Al contrario, me sentará bien. El doctor ha vuelto a reconocerme esta mañana y me ha encontrado mucho mejor. Lo que no puedo es abandonar la cama, pero sí leer, escuchar música o conversar. De hecho, tío Sean y yo hemos charlado por los codos en los últimos minutos. ¿No es cierto, tío Sean...?

Sean Clayton sonrió.

—Sí, es cierto, señor Ellis. Desde que el doctor le dijo que la encontraba mucho mejor, Carol ha sido lo más parecido a una cotorra.

—Ese es un buen síntoma, ¿no? —repuso Adams.

—No hay duda, sí —rio Clayton.

—Vamos, Adam, siéntate —rogó Carol.

Adam se sentó en una silla.

—Aprovecha que Adam está conmigo para descansar un poco, tío Sean —sugirió Carol—. No ha dormido en toda la noche, ¿sabes? —le dijo a Adam.

—Oh... Debe estar usted agotado, señor Clayton.

Sean Clayton se llevó la mano a la nuca.

—Sí, la verdad es que estoy un poco cansado... Por eso, si usted va a permanecer un rato junto a Carol, haré caso a mí sobrina y me echaré un poco.

—Descanse tranquilo, señor Clayton. No tengo ninguna prisa. Haré compañía a Carol hasta que ella me eche de la habitación.

—Gracias, señor Ellis. Es usted muy amable. Carol, si necesitas alguna cosa, llama a la doncella —indicó Clayton a su sobrina.

—Lo haré, tío Sean.

—Y que me avisen, cuando vaya a marcharse el señor Ellis. No quiero que te quedes sola.

—Descuida. Tampoco yo quiero quedarme sola.

—Bien.

Sean Clayton salió de la habitación.

—Estoy sorprendido, Carol... —murmuró Adam.

—¿Por qué?

—¿No sabe tu tío que yo te confundí con la amiga de Al Darby?

—Sí, se lo dije.

—¿Y que te besé?

—También.

—Sin embargo, ha estado muy amable conmigo...

—¿Por qué no iba a estarlo? Comprendió, como poco antes comprendí yo, que la cosa no tenía mayor importancia. Todo el mundo se confunde alguna vez. Y como luego me atendiste, y accediste a quedarte conmigo hasta que él llegase, pues...

—¿Sabe también que soy vendedor de lavadoras automáticas?

—Sí.

—¿Y no le importa...?

—Si no me importa a mí, ¿por qué iba a importarle a él?

—Bueno, teniendo en cuenta que dentro de tres semanas vas a recibir cinco millones de dólares...

—Ya salieron otra vez los cinco millones de dólares —gruñó Carol.

—¿Te molesta que hable de ello?

—Sí.

—Lo siento, no volveré a mencionarlo.

Carol sonrió suavemente.

—¿Por qué no pones las flores en aquel florero? —sugirió, mirando hacia el tocador.

—Es una buena idea. Ya me estaba cansando de tenerlas en las manos —repuso Adam, levantándose de la silla.

Se acercó al tocador y colocó las flores en el florero.

Cuando iba a sentarse de nuevo en la silla, Carol rogó:

—Siéntate en el borde de la cama, Adam. Estaremos más cerca.

—Esa idea es aún mejor que la del florero —sonrió Ellis, haciendo lo que le pedía Carol, cuya mano se apresuró a tomar entre las suyas.

—¿No te debía yo algo, Adam...?

—Un beso.

—¿Y cuándo piensas cobrártelo?

—Ahora mismo —respondió Adam, y la besó en los labios.

Fue un beso suave.

Tierno.

Delicado.

—Me ha gustado, Adam —sonrió Carol.

—Y a mí.

—¿Volviste con la rubia potable anoche?

—No.

—¿No me engañas?

—¿Por qué iba a engañarte? Me fui a casa, me metí en la cama y soñé

contigo... despierto.

—¿Despierto...?

—Si me dormía, corría el riesgo de soñar con otra. Uno no siempre sueña con lo que quiere, Carol. Y yo quería soñar contigo.

—¿Cuánto tiempo estuviste pensando en mí?

—Varias horas.

—Exagerado...

—Te doy mi palabra, Carol.

—Yo sí soñé contigo, Adam.

—¿De veras...?

—Sí.

—¿Y qué soñaste?

—Que te daba una bofetada.

—¿Una bofetada...?

—Sí. Y te aflojé la muela del juicio.

—¿Por qué?

—Porque la bofetada fue tremenda.

—No te pregunto por qué me aflojaste la muela del juicio, sino por qué me sacudiste.

—Por tener las manos demasiado largas.

—¿Y dónde has sacado tú que yo...?

—Anoche, en el apartamento de mi tío, mientras me besabas en el diván, intentaste acariciarme las piernas —recordó Carol.

—Y tú no me dejaste —repuso Adam.

—Naturalmente que no.

—Pero tampoco me diste una bofetada...

Carol sonrió maliciosamente.

—En mis sueños, tus caricias fueron más atrevidas. Por eso te sacudí.

—Es normal que un hombre desee acariciar a la mujer que le gusta, Carol. Y tú me gustas...

—También tú me gustas a mí, Adam.

—¿Entonces...?

—No hay que ir tan deprisa, eso es todo. Y tú pareces Bill «El Rápido».

—Espera, voy por mis revólveres.

—No hagas chistes.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Me estás poniendo verde.

—Eso no es verdad.

—Claro que es verdad. Y todo porque me propasé en sueños. En los tuyos, además. No me parece justo, Carol. ¿Qué culpa tengo yo de que tú soñases que me pasaba de la raya?

—Ninguna, debo reconocerlo —sonrió Carol.

—¿Por qué me llamas Bill «El Rápido», entonces?

—Por tus intenciones en el apartamento de mi tío.

—Mi mano no pasó de tus rodillas.

—Porque yo la frené en seco. Si no llego a ponerte el «stop», hubiéramos acabado haciendo el amor, seguro.

—¿Hay algo más hermoso que eso, Carol?

—No lo sé. Jamás hice el amor con nadie. ¿Y sabes por qué? Porque no he llegado a enamorarme de ningún hombre. Y como yo no concibo cómo se puede hacer el amor sin estar enamorada, pues eso.

—No te falta razón, ¿sabes? Es mucho más hermoso cuando se ama a la persona que tienes entre tus brazos.

—¿Lo dices por experiencia...?

—Sí.

—Vaya. Ya has estado enamorado, ¿eh?

—Una sola vez.

—¿Y qué pasó?

—La chica me dejó y se casó con otro.

—¿Así, por las buenas...?

—Sí.

—No me lo creo. Alguna razón habría.

—La hubo. El otro tipo, que por cierto tenía diez años más que yo, era bajo de estatura y tenía cara de tambor, era banquero. Y donde se mete un banquero, aunque tenga cara de tambor, nada tiene que hacer un modesto vendedor de lavadoras automáticas, por muy apuesto que sea. Y conste que esto último no lo digo por mí.

—Siento que tu novia te dejara, Adam.

—Yo no. Si me hubiera casado con ella, no hubiese sido feliz. Lorna, que así se llamaba mi novia, era demasiado ambiciosa.

—Entonces, mejor que no te unieras a ella.

—Desde luego. Además, si me hubiera casado con Lorna, no te habría conocido a ti. Y eso sí que hubiese sido una pena.

Carol agradeció las palabras de Adam con una sonrisa.

—No hay duda de que sabes halagar a las mujeres, Adam.

—Pues sé cosas mejores. Ponte pronto bien y te haré algunas demostraciones. Si me dejas, claro...

El rostro de Carol se ensombreció ligeramente.

A Adam no le pasó inadvertido.

—¿Ocurre algo, Carol?

—¿Eh?

—Tu cara ha cambiado de pronto.

—¿Mi cara?

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—No, claro que no.

—¿Te preocupa algo, Carol?

—Nada.

—No te esfuerces por disimular; no lo consigues.

—No estoy disimulando —aseguró Carol, cada vez más nerviosa.

Adam la miró a los ojos, fijamente.

Ella no pudo resistir su mirada y ladeó la cabeza.

Adam le tomó la barbilla y la obligó a mirarle de nuevo.

—Tú me ocultas algo, Carol.

—Nada.

—Estás a punto de llorar.

—Soy una chica muy llorona.

—Ni siquiera las chicas lloronas lloran sin motivo.

—Yo sí.

—Carol, confía en mí. Si tienes algún problema, háblame de él. Te sentirás mejor.

—No tengo problemas, Adam —mintió Carol.

Adam suspiró.

—Esta bien, si no confías en mí, no me hables de tus preocupaciones.

—Sí confío en ti, Adam.

—Pero no lo suficiente, por lo que veo.

—Sí, Adam. Es solo que...

—Continúa, Carol.

Pero la joven no siguió hablando.

Las lágrimas habían asomado ya a sus ojos claramente y tenía una especie de nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra.

Adam se inclinó sobre ella y comenzó a besarla, rozándola apenas con sus labios.

La besó en las mejillas, en la barbilla, en la comisura de la boca, en el cuello, en las orejas...

Carol había cerrado los ojos y sollozaba silenciosamente.

Adam, con la boca prácticamente pegada al oído izquierdo de la joven, insistió una vez más:

—Dime lo que te pasa, Carol. Tal vez yo pueda ayudarte.

Carol se mantuvo callada unos segundos más y luego musitó:

—He matado a un hombre, Adam...

CAPÍTULO 9

A

DAM Ellis se irguió lentamente y clavó sus asombrados ojos en el pálido rostro de Carol Miller.

—¿Qué has qué...?

—Matado a un hombre —repitió la joven, en el mismo tono apagado de antes, mientras las lágrimas resbalaban ya por sus mejillas—. Pero fue un accidente, Adam. Yo no sabía que...

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Ellis.

—Anoche.

—¿Dónde?

—En esta casa.

—Cuéntame cómo ocurrió, Carol —rogó Adam.

La joven le refirió el suceso, sin omitir detalle.

También le habló de la oportuna llegada de su tío y de por qué este quiso ocultar el hecho a la policía.

Y de cómo hizo desaparecer el coche y el cadáver de Ron Bevin.

Confesó también haberle mentido en el apartamento de su tío, cuando recobró el conocimiento, y le dijo la verdad: que se había encontrado con Ron Bevin al abrir la puerta del apartamento, desvaneciéndose de terror.

Le contó asimismo que horas más tarde, ya en casa, al abrir el armario para colgar el vestido, vio de nuevo a Ron Bevin, y que esta fue la causa de su segundo desvanecimiento, mucho más serio que el primero, pues pudo haberle costado la vida, de no intervenir a tiempo el doctor.

No le ocultó tampoco lo que pensaba su tío al respecto: que todo era fruto de su mente.

Adam la escuchó atentamente, sin interrumpirla una sola vez.

Cuando la joven concluyó su dramático relato, Adam se puso en pie y comenzó a pasear por la amplia habitación, acariciándose la barbilla con la mano derecha.

Carol le llamó.

—Adam...

Ellis se detuvo y la miró.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Estoy pensando.

—¿En todo lo que te he contado?

—Sí.

—Prométeme que jamás hablarás con nadie de ello, Adam.

—No pensaba hacerlo, Carol.

—Eso no es suficiente. Tampoco yo pensaba hacerlo, y ya ves, te lo he contado todo a ti, olvidando el ruego que me hizo mi tío.

—Tu caso es diferente, Carol. Necesitabas hablar de lo sucedido con alguien en quien confiases. Compartir la angustia que uno siente, siempre hace bien. ¿A que ahora te sientes mejor?

—Un poco, sí. Me resultaba muy difícil fingir delante de ti.

—Tan difícil, que no lo conseguías plenamente. Desde el primer momento, cuando te tomé por la amiga de Al Darby, encontré algo raro en ti. Tenías los ojos algo enrojecidos, como si hubieses llorado recientemente. Tampoco el color de tu cara era muy normal. Luego, el desvanecimiento... La historia que me contaste era bastante verosímil, por eso te creí. Sin embargo, cuando al llegar tu tío te apresuraste a echarme del apartamento, empecé a dudar de tu historia. Lo lógico hubiera sido que le contases a tu tío, en mi presencia, lo que te había sucedido.

—Ahora ya sabes por qué te eché tan pronto.

—Sí, ahora sí.

Carol se mordisqueó los labios.

—¿Tú también opinas como mi tío, Adam?

—¿A qué te refieres, concretamente?

—A Ron Bevin. ¿Fue fruto de mi imaginación...? ¿Fue su espíritu lo que vi...?

—Eso último descártalo totalmente. No pudiste ver su espíritu, porque los espíritus no existen, Carol.

—Entonces, piensas como mi tío: la imagen de Ron Bevin solo estaba en mi cerebro.

—Es posible. Pero yo me resisto a creerlo.

Carol pareció desconcertarse.

—Si no era su espíritu, ni era fruto de mi imaginación... ¿qué era entonces, Adam?

—Ron Bevin en carne y hueso.

Carol sintió un estremecimiento.

—¿Qué... qué estás diciendo, Adam...? —tartamudeó.

—Que tal vez Ron Bevin no murió, Carol.

—¡Murió, Adam, murió! ¡Mi tío comprobó que su corazón había dejado de latir!

—Eso es lo que él dice.

Carol pestañeó.

—¿Insinúas que miente, Adam...?

—Al menos, no descarto esa posibilidad.

—Pero, tío Sean asegura que envolvió el cadáver de Ron Bevin con una lona, lo metió en el maletero del coche de Ron, llevó este al pantano y presencié cómo la ciénaga se lo tragaba en unos segundos.

—Sí, ya me lo dijiste.

—¿Tampoco lo crees...?

—Si tu tío mintió al asegurar que Ron Bevin había muerto, es obvio que también mintió al decir que había hecho desaparecer su cadáver y su coche en una ciénaga.

Carol sacudió la cabeza.

—No puedo creer que mi tío mintiera, Adam. ¿Por qué razón iba a hacerlo?

—Se me ocurren cinco millones de razones, Carol.

—¿Qué...? —exclamó ella, irguiendo bruscamente el torso.

La sábana le resbaló hasta la cintura.

Como el camión era transparente, Adam pudo admirar la belleza y armonía de los senos de la joven a través de la negra gasa.

Carol no se había dado cuenta de que la sábana se había ido hacia abajo, pues las últimas palabras de Adam martilleaban en su cerebro, y no podía pensar en otra cosa.

Adam se dijo que no estaba bien aprovecharse de la perplejidad de la joven para verle cosas que ella no le enseñaba deliberadamente, por lo que, tras un ligero carraspeo, advirtió:

—La sábana, Carol.

—¿Qué?

—Se ha ido hacia abajo, y el camión es demasiado tentador.

Carol se miró.

Al instante dio un gritito y se cubrió rápidamente el pecho con la sábana.

—Tú siempre a las caídas, ¿eh? —gruñó.

—Sobre todo, si son de sábana —sonrió Adam.

—Repite lo que has dicho.

—Que sobre todo, si son de sábana.

—No me refería a eso, sino a lo que dijiste sobre mi tío.

—Dije que tenía cinco millones de razones para mentirte, Carol.

—Estás pensando en los cinco millones de dólares, ¿verdad?

—Así es. ¿Para quién serían, si tú murieses antes de recibirlos?

Carol apretó las mandíbulas.

—Debería echarte de mi casa, Adam.

—¿Por sospechar que todo puede formar parte de un diabólico plan urdido por tu tío, para quedarse con los cinco millones de dólares que tus

padres te dejaron, y de los cuales podrás disponer en cuanto cumplas los veintinueve años?

—Sí. Es lo más absurdo que he oído en mi vida. Tío Sean es la persona más buena del mundo. Me quiere con locura. ¿Cómo iba él a...?

—¿Es rico? —interrogó Adam.

—¿Tío Sean?

—Sí.

—Tiene suficiente para vivir bien, pero no es rico.

—Eso refuerza mis sospechas.

—¡Te prohíbo que sospeches de mi tío, Adam!

—Solo trato de ayudarte, Carol.

—Pues si esa es toda la ayuda que puedes prestarme, no necesito tu ayuda, Adam.

Ellis se acercó a la cama y volvió a sentarse en el borde de la misma, como antes. Tomó suavemente por los hombros a la joven y le sonrió dulcemente.

—Vamos a repasar juntos todo lo sucedido, Carol. ¿Quieres?

—¿Para qué?

—Hay algunos detalles en los que tú no has caído.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Ese Ron Bevin y tú estabais solos en la casa cuando tú disparaste sobre él.

—Porque mi tío había dado permiso a todo el servicio, ya te lo he dicho.

—Qué casualidad —sonrió Adam, con ironía, soltando los hombros femeninos.

—¡Era su cumpleaños!

—Sí, lo sé. Pero estarás de acuerdo conmigo en que fue una suerte para tu tío, y su carrera política, que el desgraciado accidente sucediese precisamente anoche, que el servicio tenía permiso.

—Pura coincidencia.

—Tal vez. Aunque yo me fío poco de las coincidencias.

—Pues se dan en la vida. Y con mucha frecuencia.

—Está bien, sigamos. La idea del fingido duelo a pistola, al estilo de los antiguos caballeros, fue de Ron Bevin, según me has contado...

—Sí.

—Pegasteis vuestras espaldas y contasteis diez pasos.

—Exacto.

—Es decir, que quedasteis a veinte pasos el uno del otro.

—Sí.

—¿Habías disparado alguna vez una pistola, Carol?

Jamás.

—¿Y alguna otra arma de fuego?

—Tampoco.

—Era lo que yo suponía —sonrió Adam.

Carol le miró, sin comprender.

—¿Qué estás tratando de decirme, Adam?

—Que resulta asombroso que alguien que jamás ha disparado un arma de fuego, le incruste una bala en la cara, desde veinte pasos de distancia, a otra persona en su primer disparo. ¿No te lo parece a ti, Carol...?

—Debí darle por casualidad... —murmuró la joven.

—Lo del permiso al servicio, coincidencia; lo de acertar en el disparo, casualidad...

Carol no dijo nada.

—Bien, sigamos —prosiguió Adam—. Apenas derrumbarse Ron Bevin, se abre la puerta y aparece tu tío. ¿Otra casualidad...?

—Yo estaba esperándole, ya te lo dije.

—Pues fue muy oportuno. Si él no hubiera aparecido en ese preciso instante, tú hubieses corrido hacia Ron Bevin para averiguar si seguía con vida o había muerto. Pero como tu tío apareció tan oportunamente, fue él quien realizó tal averiguación. Le tocó el cuello y dijo que estaba muerto. Y tú le creíste...

—¿Por qué no iba a creerle? Ron yacía de bruces en el suelo, sobre un charco de sangre...

—Pintura roja.

—¿Qué?

—Que no era sangre, sino pintura roja. Ron Bevin debía llevar oculta en la mano izquierda una pequeña bolsa de plástico llena de pintura roja, y la hizo estallar cuando se llevó ambas manos a la cara. La pintura roja escapó por entre sus dedos, pero él no retiró las manos en ningún momento de su cara, se desplomó así, y quedó tendido de bruces. Era lo más conveniente. De ese modo, tú no podías ver la «herida», solo la «sangre» que de esta brotaba. Todo perfectamente estudiado, hay que reconocerlo.

—Pero, «yo disparé» la pistola, Adam... Escuché claramente la detonación, el arma tembló en mi mano...

—Era un cartucho de foguero, Carol. Produce detonación, pero nada más. Aunque era casi imposible que tú pudieras acertarle desde veinte pasos de distancia, Ron Bevin no podía arriesgarse a que le dispararas una bala de verdad.

La joven se apretó las sienes, sujetando la sábana con los codos contra su pecho, para que no ocurriera lo de antes.

—Me estás confundiendo, Adam...

—Solo trato de que veas las cosas con lógica, Carol.

—¿Y a ti te parece lógico que mi tío, con la colaboración de Ron

Bevin, quiera matarme a sustos para quedarse con mis cinco millones de dólares?

—Es la explicación más lógica, sí.

—Olvidas una cosa, Adam.

—¿El qué?

—Si mi tío no hubiese llamado al doctor Kingston tan oportunamente, yo estaría muerta.

—Sí, eso es verdad —tuvo que admitir Adam.

—Si él hubiera planeado mi muerte, como tú sospechas, me habría dejado morir anoche.

—Tal vez no le interesaba que murieses tan pronto. Sí, eso debe ser. Era conveniente que el doctor Kingston supiese de tu desvanecimiento. De este modo, si en el próximo fallecías, no le pillaría de sorpresa, y ni él ni nadie sospecharía que tu muerte fue provocada.

Carol cerró los ojos apretadamente.

—¿Por qué tienes respuesta para todo, Adam?

—Porque analizo los hechos fríamente, lo cual tú no puedes hacer. El cariño y la confianza que le tienes a tu tío te lo impiden.

—Tío Sean es inocente, Adam. No lograrás que sospeche de él.

—Fue idea suya el ocultar la muerte de Ron Bevin a la policía.

—Para no perjudicar su carrera política. Y también para evitarme sufrimientos a mí.

—Te los está causando, Carol. Y mucho mayores.

—¡Pruebas, Adam! ¡Dame pruebas de lo que dices!

—No tengo ninguna, y tú lo sabes. Pero trataré de obtenerlas, si tú me autorizas a ello.

Carol vaciló.

Finalmente, dio su consentimiento:

—De acuerdo, Adam. Puedes empezar a buscarlas.

—Antes quiero mencionarte otro detalle, tan importante o más que los que ya te he señalado.

—¿Cuál?

—El ojo izquierdo de Ron Bevin, el que tenía reventado en las dos ocasiones en que se te apareció.

—Espantosamente reventado... —musitó Carol, estremeciéndose solo de recordarlo.

—Tu tío me desmintió que la bala le hubiese reventado el ojo izquierdo a Ron Bevin, ¿verdad?

—No...

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—¿Cómo podías tú saber que la bala le reventó el ojo, si no viste la

cara de Ron Bevin en ningún momento, después de efectuado el disparo? ¡Él se la cubrió en el acto con ambas manos! ¡Y cayó de bruces, sin retirar las manos de su rostro!

Carol movió los labios, pero no pronunció palabra alguna.

Adam continuó:

—Ahí cometió un error tu querido y astuto tío, Carol. Puede que el único. Se supone que él sí debió ver el rostro de Ron Bevin, cuando envolvió su cadáver con la lona. Sin embargo, no negó que tuviera el ojo izquierdo reventado... Otra cosa, Carol. En las dos ocasiones que viste a Ron Bevin, con el rostro ensangrentado, ¿la sangre estaba tierna o seca?

—Tierna... —acercó a responder la joven.

Adam se puso en pie y se acercó al armario, abriendo la puerta de la izquierda. Empezó a revisar minuciosamente los vestidos de Carol.

—¿Qué haces, Adam...? —se extrañó la joven.

Adam no respondió.

Siguió revisando los vestidos.

De pronto, dio un respingo.

Descolgó uno de los vestidos, de color azul celeste, y regresó junto a Carol, con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Observa esto, Carol —rogó, mostrándole la pequeña mancha roja que tenía el vestido.

—Parece sangre... —murmuró ella.

—Te apuesto lo que quieras a que es pintura roja.

Carol agrandó los ojos.

—Adam, esto demuestra que...

Ellis asintió con la cabeza.

—Sí, Carol. Demuestra que Ron Bevin «estuvo» anoche en tu armario. No fue fruto de tu imaginación. Se escondió ahí con el propósito de aterrorizarte, como ya hiciera antes en el apartamento de tu tío. Y le salió la cosa tan bien, al muy canalla, que casi te mata...

CAPÍTULO 10

C

AROL Miller se dejó caer hacia atrás, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

Adam Ellis guardó el vestido en el armario y cerró la puerta, regresando junto a la joven.

—No llores, Carol —rogó, acariciándole el cabello.

Como ella no le hizo caso, Adam le cogió las manos y se las apartó de la cara.

—Carol, por favor...

Ella le miró, los ojos bañados en lágrimas.

—Adam... —musitó.

Adam se inclinó sobre ella y la besó tiernamente en la mejilla.

Carol le ciñó el cuello con sus brazos desnudos y lo retuvo pegado a ella.

—Tienes que ayudarme, Adam —suplicó.

—Lo haré —prometió Ellis.

—Tengo mucho miedo.

—Ya no tienes por qué, Carol.

—Quieren matarme, Adam...

—Pero no lo conseguirán. Hemos descubierto su diabólico plan, ya no podrán llevarlo a cabo. Yo lo impediré, Carol.

—¿Qué piensas hacer, Adam?

—En primer lugar, buscar a Ron Bevin. Cuando lo encuentre, le romperé la cara y le obligaré a confesar toda la verdad. Del resto, se encargará la policía. ¿Tú sabes dónde vive?

—¿Ron Bevin?

—Sí.

—Posee un apartamento en Mosher Street.

—¿En qué número de Mosher Street?

—296. Es el apartamento 14-B.

—Bien. Le haré una visita.

—¿Y si no se encuentra en su apartamento?

—Tiene que estar allí, Carol. Aguardando instrucciones de tu tío. No se

moverá de su apartamento hasta que tu tío le diga que ha llegado el momento de darte el tercer y definitivo susto.

La joven se estremeció.

—Me aterroriza quedarme sola, Adam. ¿Es preciso que te vayas...?

—Sí, Carol. Tengo que encontrar a ese canalla de Ron. Pero no temas. No intentarán nada contra ti durante el día, estoy seguro. Aguardarán la llegada de la noche, cuando todos en la casa estén dormidos. Y para entonces, todo habrá terminado. Ron Bevin tendrá la cara como un mapa de carreteras y compartirá una fría celda con el no menos canalla de tu tío.

—Ron es un joven muy fuerte, Adam... —advirtió Carol, preocupada.

—¿Acaso yo soy un fideo?

—No, pero...

—Podré con él, no lo dudes.

—Si sucediera lo contrario, yo estaría perdida. Y tú también, Adam.

—Está bien, haremos una cosa. Si antes de las siete de la tarde no estoy de vuelta, telefonea a la policía y Cuéntaselo todo.

—No podré hacerlo, Adam. Mi tío no me dejará sola ni un segundo.

—Si tú se lo pides, lo hará. Bastará con que le digas que quieres cambiarte de camisón, por ejemplo.

—Ojalá no tenga que decirle nada.

Adam sonrió.

—No será necesario, ya verás. Voy a comerme crudo a ese Ron Bevin. Y a ti también voy a darte algún bocadito, como sigas mostrándome cosas tan tentadoras.

Carol se miró.

—¡Oh! —exclamó, al descubrir que la sábana se había deslizado hasta un poco más abajo del busto.

Se apresuró a cubrirse.

—No me había dado cuenta —murmuró.

—Yo sí.

—¿Y hacía mucho que...?

—Desde que me echaste los brazos al cuello.

—¡Oh! ¿Y por qué no me lo dijiste antes? —le recriminó Carol, ruborizándose ligeramente.

—Porque me gustaba mucho lo que veía.

—Eres un sinvergüenza, Adam. ¿No lo sabías?

—Me he limitado a mirar, Carol. Y solo de vez en cuando.

—Pero ya estabas pensando en morder.

—Uno no es de piedra, Carol.

—Caníbal.

Adam rio alegremente.

Carol acabó contagiándose.

Adam le acarició el rostro.

—Qué hermosa eres, Carol.

—Tú tampoco estás mal, Adam.

—Pero solo soy un vendedor de lavadoras automáticas, y tú...

Carol le puso una mano sobre la boca.

—No lo digas, Adam. Ya sabes que me molesta.

Adam esperó a que ella retirara la mano. Entonces, dijo:

—Siento deseos de besarte, Carol.

—Hazlo —pidió ella.

Adam selló la boca femenina con la suya.

Fue un beso largo y profundo, que lo expresaba todo.

Pasión...

Deseo...

Amor...

Cuando separaron sus bocas, que fue casi un lustro después, Adam indicó:

—Ordena que avisen a tu tío, Carol.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Tengo que irme. Y él dijo que...

—A mi tío le extrañará que te vayas tan pronto, Adam. Le dijiste que no tenías ninguna prisa, que me harías compañía hasta que yo te echara de la habitación.

—Y me echarás, como no me vaya ahora.

—¿Por qué dices eso?

—¿De veras no lo imaginas? —repuso Adam, deslizando la sábana unos centímetros.

Carol sonrió.

—Vuelves a sentirte caníbal, ¿eh? —dijo, sin frenar la sábana, que seguía bajando lentamente.

—Échame de tu habitación, Carol.

—¿Tú quieres que te eche?

—No.

—Yo tampoco deseo echarte.

—Si me quedo, me darás una bofetada y me aflojarás la muela del juicio. Como en tu sueño, ¿recuerdas?

—El sueño es una cosa, y la realidad, otra.

—¿Quiere eso decir que puedo...?

—Me he enamorado de ti, eso es lo que quiere decir.

—Y yo de ti, Carol.

—Entonces, quédate. No habrá bofetada, ni muela del juicio floja. Hagas lo que hagas conmigo, Adam.

Lo que Adam hizo fue besarla nuevamente de forma apasionada.

Una hora después, Carol llamaba a la doncella y le indicaba que despertara a su tío.

Cinco minutos más tarde, Sean Clayton penetraba en la habitación.

—¿Se marcha usted ya, señor Ellis? —preguntó.

—Así es, señor Clayton —asintió Adam—. Pero volveré a la tarde, si Carol no tiene inconveniente —anunció, mirando a la joven.

—Ninguno, Adam —sonrió ella, procurando disimular el temor que le producía el quedarse a solas con su tío, ahora que ya tenía casi la certeza de que él y Ron Bevin deseaban su muerte.

—Entonces, hasta la tarde.

—Adiós, señor Ellis. Y gracias por haber hecho compañía a Carol durante casi dos horas. Ello me ha permitido descansar y ahora me siento mucho mejor.

—Me alegro, señor Clayton.

—La doncella le acompañará hasta la puerta. Está en el corredor.

—Gracias, señor Clayton. Adiós, Carol.

—Adiós, Adam.

Adam Ellis salió de la habitación.

Como Sean Clayton le había anunciado, la doncella le esperaba en el corredor.

Era una joven morena, de unos veintitrés años de edad, rostro agraciado y esbelta figura.

—Por aquí, señor Ellis —rogó la doncella, con una afable sonrisa.

Adam la siguió, deleitándose con el gracioso movimiento de caderas de la atractiva morenita.

Descendieron ambos por la escalinata de mármol.

Walter, el mayordomo, no estaba en el vestíbulo.

Alcanzaron la puerta y la doncella la abrió.

—Adiós, señor Ellis.

—Adiós, guapa —repuso Adam, pellizcándole la barbilla.

La doncella, en lugar de molestarse, amplió su sonrisa, como diciendo: «Gracias, simpático».

Adam salió de la casa y se introdujo en su automóvil.

Segundos después, el «Ford» marrón del vendedor de lavadoras automáticas, circunstancialmente convertido en detective privado, se alejaba de la hermosa casa de Carol Miller, cobrando rápidamente velocidad.

Adam Ellis se hallaba ya ante el apartamento de Ron Bevin.

Pulsó el timbre.

Nadie acudió a abrir.

Adam repitió la llamada.

El resultado fue el mismo.

Adam hizo girar el pomo de la puerta.

Esta se abrió.

Adam asomó la cabeza por el hueco, cautelosamente.

Las luces del apartamento estaban apagadas, pero se filtraba luz más que suficiente por las ventanas.

Adam se introdujo en el apartamento y cerró la puerta.

Al fondo, una puerta permanecía entornada.

Adam caminó hacia allí.

Tenía la corazonada de que iba a encontrar algo interesante.

Y no se equivocó.

Al empujar la puerta y mirar hacia el interior de la habitación, descubrió a un tipo sentado en una butaca.

Tenía el pelo rubio.

Y el rostro cubierto de sangre.

El ojo izquierdo, horriblemente reventado.

El derecho, muy abierto.

Y miraba con él de un modo que helaba la sangre...

CAPÍTULO 11

L

A sangre de Adam Ellis siguió circulando caliente por sus venas.

Él no tenía por qué impresionarse.

Sabía que Ron Bevin no estaba muerto.

Todo era una comedia.

La sangre, pintura roja.

El ojo reventado, un hábil maquillaje.

Por eso, penetró decididamente en la habitación y dijo:

—Hola, farsante.

Ron Bevin no respondió.

Tampoco se movió.

Ni un solo músculo de su rostro se alteró.

—Basta ya de hacerte el muerto, Ron. Sé que estás tan vivo como yo. Y Carol también lo sabe. El diabólico plan urdido por Sean Clayton, y secundado por ti, ha fallado. Los dos vais a ir a la cárcel. Pero tú irás con la nariz rota y algunos dientes menos. ¡Vamos, ponte en pie, que te voy a enseñar a asustar a las mujeres!

Ron Bevin continuó sentado.

Inmóvil.

Impasible.

Como si estuviera muerto de verdad.

A Adam se le agotó la paciencia.

—Le has tomado gusto a tu papel de muerto, ¿eh? ¡Ahora te diré yo a ti! —masculó, plantándose ante él en dos zancadas.

Lo agarró por la chaqueta y lo levantó con un brusco movimiento.

Ron Bevin no hizo nada por defenderse, lo cual extrañó sobremanera a Adam.

También le causó extrañeza el excesivo peso del rubio.

Pesaba como un muerto.

Por primera vez, Adam empezó a dudar.

Y sus dudas se acrecentaron cuando percibió, gracias a la proximidad de su cara con la de Ron Bevin, la tibieza de lo que él pensaba que era pintura roja.

No, no era pintura roja.

¡Era sangre!

¡Auténtica sangre humana!

¡Y fluía del ojo destrozado!

Ahora sí se impresionó Adam Ellis.

Tanto, que soltó bruscamente la chaqueta de Ron Bevin y este se desplomó como lo que no solo parecía, sino como lo que realmente era: un muerto.

Sí.

Adam ya no tenía la menor duda de que el rubio estaba muerto.

No obstante, para cerciorarse, se agachó y le cogió la muñeca.

Sus sospechas quedaron confirmadas.

No tenía pulso.

Su corazón no latía.

Ron Bevin era cadáver ya.

Adam se irguió lentamente, sin comprender nada.

Su cerebro se esforzaba por dar con una explicación lógica para todo aquello, pero era inútil, no lograba encontrarla.

Ron Bevin yacía allí, a sus pies, sin vida...

Y había muerto de un disparo.

De un disparo que le entró por el ojo izquierdo, reventádoselo de un modo que producía escalofríos.

Tal y como le contara Carol...

¿Estaría él equivocado en todo?

¿Mataría realmente Carol a Ron Bevin, en el simulado duelo a pistola?

¿Sería Sean Clayton inocente?

Adam se oprimió las sienes.

No.

Ni Carol había matado a Ron Bevin, ni Sean Clayton era inocente.

La tibieza de la sangre que cubría el rostro de Ron Bevin, demostraba que este no llevaba más que unos minutos muerto.

Si lo hubiera matado Carol la noche anterior, toda aquella sangre estaría seca.

Y el cuerpo, rígido y frío.

Y olería mal...

Ron Bevin había muerto hacía solo unos minutos, y lo había matado otra persona.

¿Quién?

Sean Clayton no, desde luego.

Él no había podido hacerlo.

Estaba con Carol.

Pero sí había podido hacerlo alguien pagado por él.

¿Y por qué?

Adam no supo qué responderse.

Ron Bevin había desarrollado a la perfección el plan ideado por Sean Clayton, ¿por qué iba este a eliminarlo?

Además, Carol continuaba viva...

En buena lógica, Sean Clayton debía necesitar todavía a Ron Bevin para dar el susto final a la pobre Carol y acabar con ella.

A menos que tuviera planeado acabar con ella de otra manera...

Adam dio un respingo.

¡Sí, eso debía ser!

¡Sean Clayton ya no necesitaba a Ron Bevin!

¡Por eso pagó a alguien para que lo eliminara!

¡Él personalmente se encargaría de su sobrina!

Adam sintió un escalofrío.

¡Había dejado sola a Carol!

¡Con el lobo de su tío!

¡La joven corría un grave peligro!

Adam giró velozmente sobre sus talones y salió de la habitación.

Al instante se quedó clavado.

Observando con ojos agrandados al hombre que se hallaba junto a la puerta del apartamento, cubriéndola con su cuerpo.

Era alto como una torre.

Corpulento como un campeón de lucha libre.

Peludo como un gorila.

Su cabeza, sin embargo, estaba pelada como una bola de ciliar.

Una cabeza poderosa, ligeramente afechinada, que brillaba como un suelo recién encerado.

También sus ojos brillaban.

De un modo asesino, además.

Igualmente asesina era la mueca que formaban sus gruesos labios.

El gigante, que iba descalzo, y se cubría tan solo con un taparrabos de piel de tigre, sostenía en la mano derecha un alfanje enorme.

Fue lo que más impresionó a Adam Ellis.

Con un arma así, se podía cortar a rodajas cualquier cosa.

Desde una piña tropical a una pata de elefante.

Un hombre también, naturalmente.

Adam ya se vio convertido en rodajas.

Este pensamiento le produjo un ramalazo de frío en la espalda.

Adam no tenía nada de cobarde, pero... ¿quién no se aterrorizaría un poco ante un energúmeno así, armado además con aquel impresionante alfanje?

El mastodonte levantó su brazo derecho.

Un brazo terrorífico, como todo él.

Por su grosor, más parecía una pierna que un brazo.

El acero del alfanje produjo unos destellos al ser elevado.

Adam tragó saliva.

Con dificultad.

Adivinaba que el ataque de aquel conglomerado de músculos y pelos era inminente.

Así fue.

Unos segundos después de enarbolar el poderoso alfanje, el hercúleo individuo abrió su boca y lanzó un rugido de fiera furiosa.

Tras el escalofriante rugido, movió sus robustas piernas y empezó a acortar la distancia que le separaba del vendedor de lavadoras automáticas.

CAPÍTULO 12

A

DAM Ellis atrapó la silla que tenía más cerca y la levantó, protegiéndose con ella.

Era lo que hacían los domadores de leones para protegerse de estos, ¿no?

Adam casi hubiera preferido tener enfrente a un león.

Le parecía menos peligroso que aquella especie de gigantesco orangután con calva que iba hacia él con el enorme alfanje en alto.

El tipo estaba ya muy cerca.

Adam le atacó con la silla, en un intento de frenar su avance.

Pobre silla...

El tipo descargó su alfanje sobre ella y la partió en dos como si estuviera construida de pasta de bizcocho.

Adam pegó un salto hacia atrás.

La mole humana lanzó una carcajada anormal, más propia de un demente, y continuó su avance.

Adam buscó la protección de un sillón de alto respaldo y cómodas orejas.

Pobre sillón...

El gigantón descargó un par de veces su poderoso alfanje y las orejas del sillón rodaron por el suelo, así como también buena parte del respaldo.

Adam se vio obligado a abandonar la protección del sillón, pues este —lo que quedaba de este, mejor dicho— ya no podía ofrecerle ninguna.

—¿Por qué eres tan bruto, amigo? —dijo, atrapando otra silla.

El calvo dejó oír de nuevo su risa de loco.

—¡Te voy a separar la cabeza del tronco de un solo tajo! —anunció, mostrando sus colmillos de tigre, para aterrorizar aún más a su víctima.

—Te encanta cortar cabezas, ¿eh?

—¡Me chifla!

—¿Y por qué le pegaste un tiro en el ojo a Ron Bevin? ¿También te chifla reventar ojos a balazos?

El peludo soltó un gruñido.

—No, no me gusta utilizar la pistola —rezongó—. Yo hubiera

preferido segarle la cabeza con mi alfanje, pero el hombre que me pagó para que le matara quiso que le liquidara así. Y como me pagó muy bien, no tuve inconveniente en satisfacer sus deseos.

—Ese hombre se llama Sean Clayton, ¿verdad?

—No sé su nombre. Ni me importa saberlo. Paga bien y basta.

—¿Por qué quieres matarme a mí también?

El asesino sonrió.

—Mi cliente sabía que ibas a venir a hablar con el tipo rubio, y me ofreció una cantidad extra por acabar contigo también. Y a mí manera.

Adam entrecerró los ojos.

—¿Qué tu cliente sabía que yo...?

—Sí, amigo. En realidad, eso fue lo que precipitó la muerte del rubio. Yo debía acabar con él esta noche, pero por lo visto tú descubriste algo que a mí cliente no le gustó y eso adelantó los acontecimientos.

Adam lo comprendió todo de golpe.

Sean Clayton debió escuchar todo cuanto él y Carol hablaron en la habitación de la joven. Por eso sabía que iba a ver a Ron Bevin.

Inmediatamente telefoneó al asesino que ya tenía contratado para eliminar a Ron Bevin y le ordenó que entrara en acción sin pérdida de tiempo.

El asesino acabó con Ron Bevin y le esperó a él en el apartamento, para eliminarlo también.

Adam maldijo para sus adentros.

El mismo se había metido en la boca del lobo.

Y le iba a ser muy difícil salir de ella.

En cuanto a Carol...

No tendría oportunidad de llamar a la policía.

Su tío no se la daría.

Y acabaría con ella, tal y como tenía planeado.

Adam sintió que la sangre le quemaba en las venas.

No, no podía permitirlo.

Tenía que salvar a Carol.

Pero, para ello, primero tenía que escapar de las garras del calvo.

Si lograra alcanzar la puerta...

El asesino ya debía sospechar que lo intentaría, y por eso le cortaba hábilmente el paso en todo momento.

Adam apretó los dientes y le atacó con la silla.

Pero solo fue un amago de ataque.

El asesino picó el anzuelo y descargó velozmente el pesado alfanje sobre la silla, pero solo encontró el vacío.

Adam aprovechó aquel instante para atacar de nuevo con la silla, y esta vez de verdad.

Pero no tomó como blanco el pecho del gigante.

Las patas de la silla solo le hubieran producido cosquillas en ese lugar, tan repleto de músculos velludos.

Adam buscó la fea cara del tipo con una de las patas superiores.

Tuvo suerte y se la clavó en un ojo.

El asesino lanzó un bramido de dolor y se llevó rápidamente la mano izquierda al ojo lastimado, de donde empezó a brotar la sangre.

Adam arrojó la silla y corrió hacia la puerta a toda velocidad.

Logró alcanzarla.

Pero no abrirla.

Ahora estaba cerrada con llave.

El asesino debió cerrarla, poco después de que él entrara en el apartamento.

Adam escuchó otro bramido, ahora de cólera.

Se volvió en el acto.

El asesino ya se lanzaba de nuevo sobre él, con el rostro ensangrentado.

Adam le había destrozado el ojo derecho con la pata de la silla.

El calvo dejó caer furiosamente su alfanje sobre la cabeza del hombre que acababa de dejarle tuerto para toda la vida.

Adam se arrojó de bruces hacia su derecha, esquivando así el mortal golpe de alfanje.

Pero quedó en el suelo.

Y el asesino no quiso darle tiempo a que se levantara.

Se tiró sobre él como una fiera, dispuesto a partirle la espalda en dos.

Adam giró sobre sí mismo con gran rapidez.

Todavía estaba rodando por el suelo, cuando escuchó un espeluznante alarido.

Se detuvo y miró al asesino.

Lo vio tendido de bruces, el alfanje bajo su enorme caja torácica, medio hundido en ella.

La sangre escapaba a borbotones de su pecho.

Adam sintió que se le encogía el estómago.

El asesino se movió débilmente durante unos segundos y luego, tras una brusca convulsión, quedó inmóvil.

Había muerto.

El mismo se había matado, al caer sobre su alfanje y clavárselo en el pecho.

Adam se incorporó.

La llave.

Tenía que encontrar la llave del apartamento.

¿Dónde la habría dejado el asesino?

Adam penetró en el cuarto que tenía a su derecha, cuya puerta, cuando

él entró en el apartamento, estaba cerrada, y ahora estaba entornada, lo que le hizo sospechar que el asesino había salido de allí.

Encontró, sobre un sofá, la ropa del calvo, una pistola provista de tubo silenciador, y una maleta alargada.

La maleta debía ser para guardar el alfanje.

El asesino, sin duda, se desvestía y quedaba en taparrabos para aterrorizar más a sus víctimas, al mostrarles sus poderosos músculos y la alfombra de pelo que recubría su enorme cuerpo.

Sobre la maleta alargada, había una llave.

Adam la cogió y corrió hacia la puerta del apartamento.

La llave entró sin dificultad en la cerradura.

Adam la hizo girar.

La puerta se abrió.

Sin perder un segundo más, Adam abandonó el apartamento de Ron Bevin.

* * *

Adam Ellis pulsó el timbre de la casa de Carol Miller.

Walter, el mayordomo, abrió.

Adam, sin decir nada, se introdujo rápidamente en la casa y corrió hacia la escalinata de mármol.

—¡Señor Ellis...! —exclamó el mayordomo, estupefacto.

—¡Llevo prisa, Walter! —explicó Adam, sin detenerse.

Alcanzó la escalera y subió los peldaños de tres en tres.

Llegó arriba en unos segundos.

Corrió hacia la habitación de Carol.

De pronto, se abrió una puerta y surgió la doncella.

Adam no pudo frenarse a tiempo y chocó con ella, derribándola.

—¡Oh! —exclamó la atractiva morenita, cuyo uniforme se había ido muy para arriba con la caída, dejándola con las piernas al aire.

Unas piernas perfectamente moldeadas, por cierto.

Pero Adam no se entretuvo contemplándolas.

Tenía cosas más importantes que hacer.

—¡Lo siento, preciosa! —fue lo único que dijo, echando de nuevo a correr.

La doncella le vio alejarse, perpleja.

Y su perplejidad aumentó cuando vio que Adam Ellis se introducía sin llamar en la habitación de Carol.

En efecto.

Adam irrumpió como un vendaval en la habitación de Carol.

Y lo hizo muy a tiempo.

Sí, porque sorprendió a Sean Clayton con una jeringuilla en las manos, dispuesto a inyectar él sabría qué en el brazo de Carol, que parecía dormida.

—¡Quieto! —gritó Adam.

—¡Adam Ellis! —exclamó Clayton, respingando.

La jeringuilla le cayó de las manos y quedó sobre la cama.

Adam corrió hacia él.

Sean Clayton intentó dar un puñetazo en la cara a Adam, pero este burló el golpe y respondió con un seco trallazo al mentón.

El tío de Carol salió despedido hacia atrás, chocó contra la pared y se derrumbó, privado del sentido.

Adam se acercó a Carol y le tomó el pulso.

Se tranquilizó al comprobar que era normal.

Sin embargo, no logró despertarla.

Su tío debía haberle administrado algún somnífero sin que ella lo supiera. Era necesario para poder inyectarle aquel líquido que contenía la jeringuilla sin que ella gritara y ofreciera resistencia.

Un líquido que, sin lugar a dudas, le hubiera causado la muerte.

Adam descolgó el auricular del teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche y marcó el número de la policía.

EPILOGO

C

UANDO Carol Miller se despertó, descubrió a Adam Ellis junto a ella, sentado en el borde de la cama.

—¡Adam! —exclamó, sorprendida.

Ellis le sonrió.

—Hola, dormilona.

—¿Qué ha pasado?

—Tu tío te puso un somnífero en el agua y has dormido a pierna suelta —explicó Adam.

—¿Dónde está?

—¿Tu tío?

—Sí.

—Se lo llevó la policía.

—¿La policía...?

—Ya acabó todo, Carol. Tu tío confesó su culpabilidad.

—¿Obligaste a Ron Bevin a...?

—Adam sacudió la cabeza.

—Cuando llegué al apartamento de Ron Bevin, me lo encontré muerto.

—¿Muerto...?

Adam se lo refirió todo.

—¡Qué horror! —gimió Carol.

—Lo importante es que llegué a tiempo para salvarte. Si tu tío te hubiera inyectado esa droga, tu corazón se hubiera parado pocos minutos después. Para el doctor Kingston, hubiera sido un segundo ataque cardíaco, y eso habría hecho constar en el certificado de defunción.

—Realmente espantoso, Adam...

—Tu tío confesó a la policía que había querido matarte para quedarse con tus cinco millones de dólares. Según él, necesitaba dinero para promocionar debidamente su candidatura a senador por el Estado de California. Y, si resultaba elegido, pensaba presentarse candidato a la Presidencia de los Estados Unidos. Nueva promoción... y nuevos gastos.

—¿Y Ron? ¿Por qué se prestó él a...?

—Por dinero, también. Tu tío le ofreció un millón de dólares. Y Ron aceptó. El hubiera preferido casarse contigo a matarte a sustos, pero sabía

que nunca lo conseguiría, porque tú no le querías. Hubieras acabado casándote con otro.

—Pero mi tío no pensaba pagarle el millón de dólares...

—No; pensaba eliminarle. Esta misma noche. Era peligroso para él dejar con vida a Ron. Podía ser una seria amenaza en el futuro.

Carol se pasó la mano por la frente.

—Todo esto es como una pesadilla, Adam... Yo estaba convencida de que mi tío me adoraba. También confiaba plenamente en Ron Bevin.

—Ninguno de los dos era digno de tu confianza.

Carol le miró y sonrió con suavidad.

—Fue una suerte para mí que te equivocaras de apartamento anoche, Adam.

—Para los dos fue una suerte —repuso Ellis, y la besó en los labios.

—¿Cuándo vas a pedírmelo?

—¿El qué?

—Que me case contigo.

Adam movió la cabeza en sentido negativo.

—No resultaría, Carol.

—¿Por qué piensas eso?

—Tú eres rica, y yo...

—¡Y dale con mi dinero!

—No lograría acostumbrarme a vivir en una casa como esta, Carol.

—¡Pues la venderemos! ¡Y compraré un apartamento! Pequeño, acogedor, íntimo. Viviremos los dos solos. Sin mayordomo, sin doncella, sin cocinera... ¿Serías feliz así; Adam?

Ellis sonrió.

—Sin lugar a dudas.

—Te quiero, Adam. Y tú me quieres a mí. ¿No es esa la mejor garantía de felicidad...?

—Sí, debo admitir que sí.

—Entonces, no se hable más. En cuanto el doctor Kingston me autorice a abandonar la cama, vamos corriendo a ver a un juez de paz.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿En ir a ver a un juez de paz?

—En abandonar la cama —aclaró Adam, empezando a tirar de la sábana hacia abajo.

Carol rio.

—¡Qué pícaro eres, Adam!

—Prefiero que me llames caníbal.

—Lo haré, si te atreves a mordirme.

—¿Qué si me atrevo...? ¡Ahora verás! ¡Ñan, ñan, ñan!

—¡Oh! ¡Ay! ¡Huy...! ¡Caníbal, más que caníbal...! ¡Antropófago!

¡Negro! ¡Salvaje!

Todo esto, y muchas cosas más, llamó Carol a Adam, pero entre risas.

Adam levantó por fin la cabeza y la miró.

—Me apetece un besito para postre. ¿Puedo...?

—Todos los que quieras —autorizó Carol, los ojos resplandecientes de felicidad.

—Si me gusta, repetiré —prometió Adam.

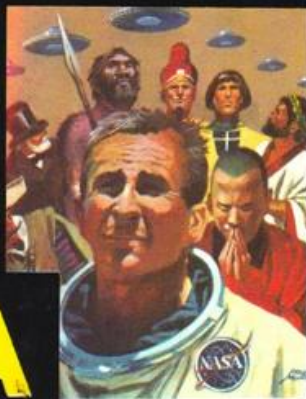
Y repitió.

¡Vaya si repitió!

F I N

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

BIBLIOTECA RAPIDA



Pídalos en su kiosko habitual



LA REENCARNACION.
LUTERO.
LA NIGROMANCIA.
DRACULA.
BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.
LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.
FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU.SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.